

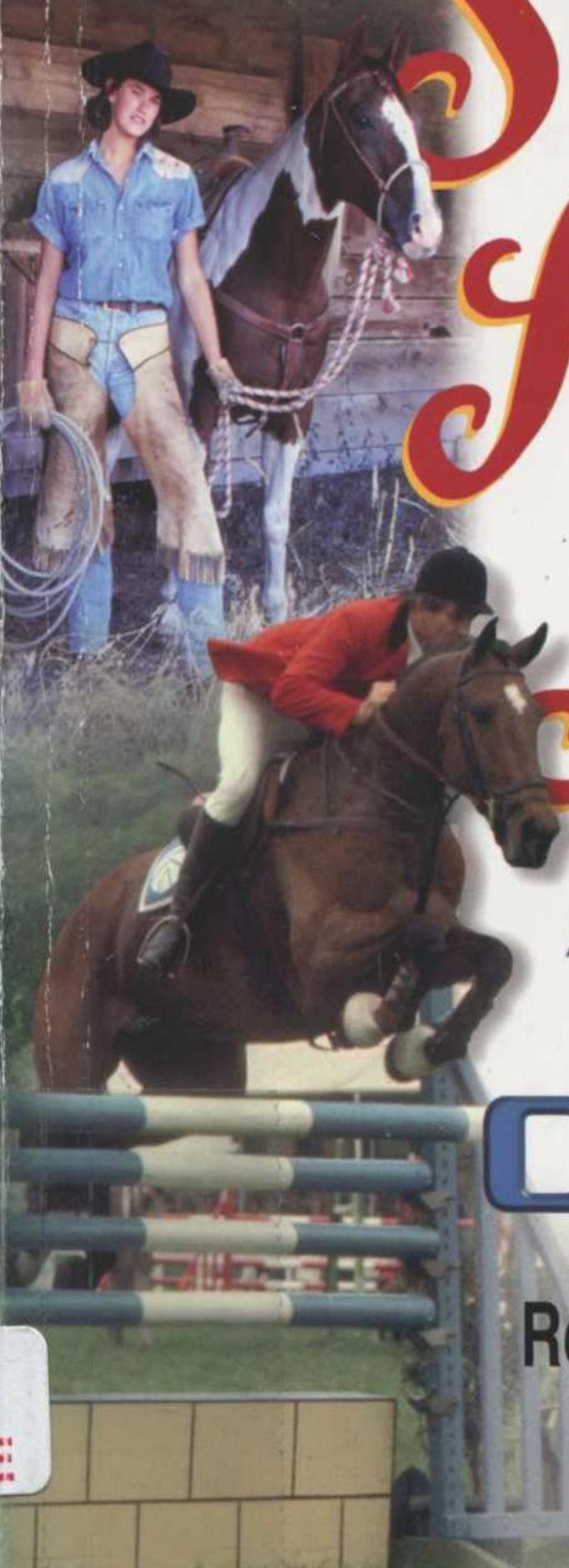


#1 New York Times
ESCRITORES MAS EXITOSOS

Jack Canfield, Mark Victor Hansen,
Marty Becker, DVM, Gary Seidler,
Peter Vegso y Theresa Peluso



Sopa
de
Pollo para el
Alma del
Amante
de los
Caballos



Relatos inspiradores sobre
caballos y la gente
que los quiere

SOPA DE POLLO PARA EL ALMA DEL AMANTE DE LOS CABALLOS

50nas
le

**Relatos inspiradores sobre
caballos y la gente que los quiere**

Jack Canfield^{r de lecil,}
Mark Víctor Hansen Mott,
Marty Becker :tes
Gary Seidler
Peter Vegso
Theresa Peluso

*3
m

**Health Communications, Inc.
Deerfield Beach, Florida**

www.hci-online.com
www.chickensoup.com

Quisiéramos agradecer a los muchos editores y personas que nos concedieron su autorización para reproducir las historias que aparecen en este libro. (Nota: la lista no incluye los relatos anónimos, los que sean de propiedad pública, ni los que fueron escritos por Jack Canfield, Mark Víctor Hansen, Marty Becker, Gary Seidler, Peter Vegso o Theresa Peluso).

Titulo original: CHICKEN SOUP FOR THE HORSE LOVER'S SOUL

©2003 Jack Canfield and Mark Víctor Hansen ISBN 0-7573-0196-7

Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas de recuperación de datos o la distribución de sus contenidos por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, visual, sonoro o de cualquier otra índole, sin la autorización de la casa editora.

HCI Español, sus Logos y Marcas son marcas registradas de Health Communications, Inc.

Editor: HCI Español

Un sello de Health Communications, Inc. 3201
S.W. 15th Street Deerfield Beach,
FL 33442-8190

Diseño de la portada por Andrea Perrine Brower
Úlseo del libro Lawna Patterson Oldfield

Le dedicamos este libro a las muchísimas personas que quieren y cuidan a la criatura más noble y hermosa creada por Dios: el caballo.

Este libro también está dedicado a Anne, Melinda y Hayley Vegso.

Y a quienes tienen una pasión permanente por los caballos, incluyendo.- el administrador de la granja Chuck Patton, los entrenadores Ben Cecil, Barry Croft, Phil Gleaves, Duane Knipe y Bill Mott, y a todos los entrenadores, cuidadores y jinetes que hacen su trabajo con tanto cuidado.

Contenido

Agradecimientos	ix
Introducción	xiii
1. UN LAZO ESPECIAL	
El caballo de paso <i>Lori Bledsoe y Rhonda Reese</i>	2
Un rescate difícil <i>Diane M. Ciarloni</i>	8
Corazón de vaquero <i>Roger Dean Kiser</i>	14
Sombra <i>T.C. Wadsworth</i>	18
El viejo Twist <i>Tom Maupin</i>	21
Un lazo silencioso <i>Tiernan McKay</i>	24
Papá siempre le dijo "sí" a los caballos <i>Teresa Becker</i>	29
Syd y Roanie <i>Judy Pioli Askins</i>	34
Un caballo con corazón <i>Jerry Simmons-Fletcher</i>	40
El bebé durmiente <i>Jennilyn McKinnon</i>	44
Un regalo de oro <i>Robin Roberts</i>	46
La oportunidad de una vida <i>Denise Bell-Evans</i>	50
Lanzando el lazo <i>Michael Johnson</i>	56

2. LOS CABALLOS COMO MAESTROS

El lenguaje de los caballos <i>Monty Roberts con Carol Kline</i>	64
Montando al límite <i>Jane Douglass Rhodes</i>	69
El Hermano Mayor te observa <i>Don Keyes</i>	74

Que Dios bendiga las pequeñas almas de los amantes de los caballos <i>Patricia Cárter</i>	80
Encuentro con un espía peligroso <i>Woody Woodburn</i>	83
Defender tu terreno <i>Starr Lee Cotton Heady</i>	88
La vieja Magia Negra <i>Diane M. Ciarloni</i>	91
Un buen caballo <i>John Moore</i>	98
Tome asiento profundo <i>Gary Cadwallader</i>	104

3. ESTOS ASOMBROSOS ANIMALES

La guía <i>Stephanie Stephens</i>	110
El semental y el mirlo <i>Gerald W. Young</i>	115
Cambio de mando <i>Sandra Tatara</i>	119
De una mamá a otra <i>Chris Russell-Grabb</i>	122
Instintos de una yegua de guerra <i>Christina Donahue</i>	127
El susurrador <i>Joyce Stark</i>	130
El pilón <i>Nancy Minor</i>	134
La boda <i>Kris DeMond</i>	139
El deseo de Andy <i>Vikki Marshall</i>	143
Extraordinaria elegancia <i>Thirza Peevey</i>	147
Un trabajo para Missy <i>Lynn Alien</i>	152

4. LOS CABALLOS COMO CURANDEROS

Lo tengo, papá <i>Pat Parelli</i>	158
Crisálida <i>Jennielvey</i>	163
¡Oiga, señora! <i>Jeanette Larson</i>	168
Los jueves son especiales <i>Kimberly Graetz Herbert</i>	172
Un día de playa <i>Tracy Van Buskirk</i>	175
Una damisela con botas de trabajo gastadas <i>Paula Hunsicker</i>	179
Cabalgando por el camino a la recuperación <i>Lisa B. Friel</i>	183
¡Vuela, Misty, vuela! <i>Janice Willard</i>	187
La risa vuela, como Pegaso <i>Barbara A Davey</i>	194

Regalito <i>Diana Christensen</i>	198
Tocada por un caballo <i>Melody Rogers-Kelley</i>	202
Yendo donde los caballos jamás han estado <i>Carole Y. Stanforth</i>	204

5. SOBRE COMPAÑÍA Y COMPROMISO

Un caballo en la casa <i>Diana Christensen</i>	208
Lado a lado <i>Sissy Burggraf</i>	212
Mi amigo Bob <i>Diane M. Ciarloni</i>	218
El pony de la alfombra mágica <i>Robin Traywick Williams</i>	224
A Chutney, con amor <i>Kimberly Gatto</i>	229
Una nueva vida para Rosie <i>María Oldenburg y Bill Gross</i>	233
Lecciones de Lou <i>Edwina Lewis</i>	240
Flechada, gracias a unas pinturas a dedo <i>Tientan McKay</i>	244
Sus regalos especiales <i>Debbie Hollandsworth</i>	248
Un caballo en Harvard <i>Jennifer Chong</i>	251
Con mucha fe <i>Mitzi Santana</i>	254

6. ¡PARTIDA!

Un trío esperanzador inusual <i>Theresa Peluso</i>	260
Montando la Navidad <i>Jan Jaison Cross</i>	264
Pobre de carreras <i>Carol Wade Kelly</i>	270
Caballos felices <i>Michael Compton</i>	276
En la recta final <i>Craig Wilson</i>	281
Allez Mandarin <i>Thomas Peevey</i>	284
DaHoss <i>Ky Mortensen</i>	289
El regalo de Girly <i>Dave Sunco</i>	294
El destino de Edgar Brown <i>Jeff C. Nauman</i>	300
Un golpecito en el hombro <i>Basil V. De Vito Jr.</i>	305
El lado divertido de la vida <i>Chris Russell-Grabb</i>	308

7. CABALLOS ... ETCÉTERA

Ellos relinchan, yo pago <i>Marty Becker</i>	314
De hombres y caballos magníficos <i>Boots Reynolds</i>	318
¿Es usted una verdadera mamá ecuestre? <i>Barbara Greenstreet</i>	324
Los aficionados a los caballos están realmente enfermos <i>Cristina Scalise</i>	326
Minnie Pearl y yo <i>Tom Truitt</i>	330
Una fría mañana en Georgia <i>Janie Dempsey Watts</i>	335
La batalla de los titanes <i>Lynn Alien</i>	339
Mi bisabuela Hazel y la silla de Amazona <i>Dottie McDonald Linvilk</i>	343
Etiqueta al montar <i>Christine Barakat</i>	346
El regalo de un sueño <i>Susan Farr Fahnce</i>	349
Confesiones del padre de una jinete de exhibición <i>J.L Lindstrom</i>	353
¿Más Sopa de pollo?.....	359
Cómo ayudar.....	360
¿Quién es Jack Canfield?.....	362

¿Quién es Mark Victor Hansen?	363
¿Quiénes son los coautores?.....	364
Colaboradores	367
Permisos.....	375

Agradecimientos

Empezamos a trabajar en este libro en 2002, el Año del Caballo chino. No podemos ignorar a una cultura con miles de años de experiencia y nos inspiramos en ella. Completar la publicación de un libro, mientras disfrutamos la vida con nuestra familia y cumplimos las demandas de nuestras carreras, requiere el apoyo de mucha gente.

Nuestros cónyuges: Inga, Patty, Teresa, Lana, Anne y Brian. Nada importa sin ustedes. Nuestros hijos, Christopher, Travis, Riley, Oran, Kyle, Elisabeth, Melanie, Mikkell, Lex, Mandy, Oliver, Robert, Melinda y Hayley: lo hacemos todo por ustedes.

El equipo de talentosos trabajadores y *freelancers* que nos apoyan en Chicken Soup for the Soul Enterprises, Self Esteem Seminars, Mark Víctor Hansen and Associates, Pet Compex y Health Communications. Ustedes son las personas que mantienen las ruedas en movimiento y nosotros lo sabemos.

Nuestros lectores voluntarios, que se dieron el tiempo de leer y evaluar las historias en el manuscrito preliminar. Sus opiniones nos ayudaron a seleccionar las historias que usted va a leer en este libro y sus comentarios nos ayudaron a mejorar cada historia al máximo: Lynn Alien,

Judy Askins, Nancy Autio, Teresa Becker, Kathy Brennan-Thompson, D'ette Corona, James Davis, Sandy Dolan, Rachel Doyle, Dorothy y Gene Drucker, Randee Feldman, Paola Fernández, Barbara Kerr, Jeanette Larson, Barbara Lomonaco, Heather McNamara, Kerri Meritt, Collen Moulton, Sarah Newman, Linda Patton, Tom Persechino, Diana Pulice, Melody Rogers-Kelly, Crystal Ruzicka, Brianne Scwabauer, Portia Stewart, Laura y Naomi Sullwold, Susan Tobias, Mindy Valcarcel, Danene Van Hecker, Casie Welcker, Jeannie Winstrom.

Recibimos casi 2,000 historias para consideración en este libro. Esto no habría sido posible sin la cooperación de personas que hablaron sobre este proyecto en sus comunidades y grupos. Aunque no tenemos espacio para incluir una lista completa, queremos agradecer a unos pocos: Tom Persechino de la American Quarter Horse Association y la revista *America's Horse*, Ron Fuller; DVM y la Ohio Quarter Horse Association; Carol Holden y Sam Huff; John Mooney, presidente del Maryland-Virginia Racing Circuit; Betsy Parker de *Thoroughbred Times*; Eric Wing y sus compañeros en la National Thoroughbred Racing Association; Kristin Ingwell y Lenny Shulman en la revista *The Blood-Horse*; los integrantes de la American Horse Publishers Group; JoAnn Guidry y la revista *Florida Horse*; la revista *Back Country Horsemen of America*; Portia Stewart de Veterinary Economics; Debie Ginsburg y la California Thoroughbred Owners and Breeders Association; Boots Reynolds y la revista *Western Horseman*.

Muchas personas nos han ayudado en el camino y aunque no los mencionamos a todos, eso no disminuye nuestra gratitud por su apoyo.

Y por último, *pero lo más importante de todo*, agradecemos a todos los que nos enviaron una historia. La respuesta que recibimos fue maravillosa y la competencia, dura. Ustedes compartieron recuerdos, revivieron momentos

tristes y honraron a queridos amigos. Apreciamos profundamente que nos hayan permitido ser parte de sus vidas y lamentamos no haber podido incluir todas las historias. Esperamos que los textos publicados expresen lo que está en su corazón y, de alguna forma, también cuenten la historia de ustedes.

Introducción

Mientras nuestros ancestros se sentaban con las piernas cruzadas junto a fogatas en cuevas, en busca de calor y protección, el sonido del galope de caballos rompía el silencio.

El arte primitivo en cuevas en Lascaux, Francia, e historias clásicas sobre caballos que transportaron a las legiones romanas, los invasores españoles y los indios de Norte América a la guerra contrastan con las imágenes modernas de caballos que vemos en la televisión actual, montados por El Llanero Solitario, Roy Rogers o Ben Cartwright. Las carreras de caballos eran populares en las Olimpiadas Griegas casi 700 años antes de Cristo. Hoy, imágenes de carreras de caballos son vistas en millones de hogares y retransmitidas simultáneamente en gran cantidad de hipódromos de todo el país.

Llorada por los guerreros, inmortalizada por Hollywood y atesorada por miles de niñas, la relación especial entre los humanos y los caballos no es sólo histórica, sino que está vigente hoy. La magia de la relación entre caballos y humanos no está en su fuerza y longevidad, sino en el misterio de cómo dos especies tan distintas pueden atraerse tanto la una a la otra.

Basta con mirar a una niña pequeña que sostiene una manzana en su mano para que este enorme animal se la

Heve a la boca. Ella es tan delicada como el caballo es tremendamente grande y fuerte. El eterno instinto de escapar queda de lado cuando un jinete monta el lomo de un caballo. Es una posición que este animal de caza debería encontrar amenazadora, pero no hay miedo. Sólo una confianza mutua compartida.

En una relación maravillosamente simbiótica, los caballos dan a los humanos velocidad, estamina y fuerza, y nosotros les damos a ellos alimento y protección de los predadores.

Hemos compartido un destino común por cientos de años y en ese período el rol de los caballos en nuestras vidas ha pasado de ser utilitario a uno marcado por la emoción y el placer. Hace 100 años, los caballos eran tanto parte de nuestras vidas diarias como ahora lo son los automóviles. Mucho antes de que hubiera aviones y teléfonos celulares, el caballo era esencial para nuestra existencia y capacidad de comunicarnos, ya que no sólo se movía más rápidamente y más lejos que cualquier otro animal, sino que también podía trasladar a un ser humano en su lomo. Para el hombre primitivo, la experiencia de montar era lo más cercano a volar que podía experimentar.

Los caballos demuestran un sentido extraordinario de diversión, frivolidad y alegría. Muchos de nosotros salimos del trabajo sintiéndonos como una piñata humana (golpeados, pero no destruidos), nos ponemos nuestras botas y nos vamos a un establo, ya que pasar tiempo con un caballo eleva nuestros sentidos, expande nuestra conciencia y amplifica esto que llamamos vida.

Los aficionados a los caballos ahorramos en comida para nosotros con tal de darle el mejor alimento a nuestros caballos. No vamos al doctor aunque nos estemos muriendo, pero llamamos a un veterinario si nuestro caballo tiene un simple resfrío. Esta dedicación y compromiso son recompensados por cosas tan simples como un suave resoplido, la tersura tranquila de un cuello que se deja acariciar, un salto impecable, un tiempo récord en la pista de obstáculos o una cinta azul en la competencia equina de la feria rural. Eso es todo lo que un aficionado a los caballos necesita.

A pesar de su enorme fuerza, los caballos pueden tocar con una gentileza extraordinaria. A pesar de su velocidad, pueden quedarse parados durante horas bajo el sol. Aunque son el animal doméstico más grande que existe, dejan que jinetes minúsculos los controlen con la simple presión de una pierna. Es en estas contradicciones asombrosas que nos

encontramos perdidos en el misterio del lazo entre las dos especies.

Despedirnos para siempre de uno de estos magníficos animales nos hace reflexionar sobre la relación que tuvimos con ellos. Al mismo tiempo que nos dejan recuerdos hermosos, su pérdida nos produce tanto dolor como el de cualquier otro miembro de nuestra familia. Muchas de las historias que consideramos para este libro trataban sobre estos temas de extrema tristeza y alegría.

Las historias de *Sopa de pollo para el amante de los caballos* fueron seleccionadas para darle una comprensión más rica y profunda del lazo entre los humanos y los caballos. Aquí encontrará historias tan conmovedoras que lo harán llorar mientras otras lo harán reír o le drán deseos de salir corriendo a abrazar a su caballo. Otras historias pondrán de manifiesto la versatilidad, inteligencia, intuición y fuerza de los caballos. Pero al final de cuentas, el misterioso atractivo que ejercen sobre todos nosotros los caballos, y las historias que tienen que ver con ellos, no puede ser explicado. Este misterio no necesita ser resuelto, sino disfrutado.

Sea usted un curtido vaquero o un ciudadano refinado, una reina de rodeos o una anciana que nunca perdió la

cabeza por los caballos, las historias de *Sopa de pollo para el alma del amante de los caballos* harán cabalgar su espíritu. Al avanzar en la lectura, volverá a encontrarse con viejos amigos, recordará experiencias tristes y alegres o sentirá deseos de compartir con alguien un regalo que será apreciado de inmediato.

Feliz lectura y feliz cabalgata.

1

UN LAZO ESPECIAL

*En algún lugar del Espacio del Tiempo Debe haber
algún pastizal Donde los riachuelos cantan y
los árboles crecen
Algún paraíso a donde van los caballos, Ya que
por el amor que guía mi pluma Sé que los
grandes caballos viven de nuevo*

Stanley Harrison

El caballo de paso

Un caballo vale más que un tesoro.

Proverbio español

La primera vez que Bart me habló sobre su caballo Dude, supe que el lazo entre ellos era especial. Pero nunca imaginé que Dude me daría un regalo tan maravilloso.

Bart creció en una granja familiar centenaria en Tennessee y amaba a todos los animales. Pero Dude, el caballo color castaño que recibió a los nueve años, era su favorito. Años después, cuando el padre de Bart vendió a Dude, Bart lo lloró en secreto.

Incluso antes de que conociera y me casara con Bart, yo también sabía bastante de dolores secretos. Debido al trabajo de mi padre, mi familia se trasladaba cada año. Yo deseaba quedarme en un lugar, donde poder desarrollar amistades duraderas, pero nunca le dije nada a mis padres. No quería herirlos. Aun así, muchas veces me pregunté si el mismo Dios podía estar al tanto de donde estábamos, considerando que nos mudábamos tan seguido.

Una noche de verano en 1987, mientras Bart y yo nos mecíamos en el columpio en nuestra terraza, mi marido

repentinamente preguntó: "¿Alguna vez te conté que Dude ganó el campeonato mundial de caballos de paso?"

"¿Caballos de peso?", le pregunté.

"De paso", me corrigió Bart, y con una sonrisa gentil me explicó: "Es un tipo de baile que hacen los caballos. Lleva mucho entrenamiento. Hay que usar cuatro riendas para guiar al caballo. Es muy difícil". Mirando hacia el pastizal, agregó: "Dude era el mejor caballo de paso que ha existido".

"Entonces por qué dejaste que tu papá lo vendiera?", inquirí.

"Yo ni siquiera sabía que estaba pensando hacerlo", respondió Bart. "Cuando yo tenía 17 años, me fui a hacer un trabajo de construcción en la Florida. Supongo que papá pensó que ya no iba a montar más, así que vendió a Dude sin preguntarme. Tener una granja con caballos implica que uno siempre los está comprando y vendiendo y eso es lo que hizo mi papá. Siempre me pregunté si ese caballo me extrañaba tanto como yo lo extrañaba a él. Nunca tuve la voluntad para tratar de encontrarlo. No podía soportar la idea de que algo malo...", Bart se quedó en silencio.

Después de eso, Bart mencionaba a Dude frecuentemente. Me sentía mal por él, pero no sabía qué hacer. Entonces, una tarde, mientras caminaba por un pastizal, se me ocurrió un pensamiento extraño. En mi corazón, una voz dijo: "Lori, encuentra a Dude para Bart".

¡Qué cosa tan absurda!, pensé. Yo no sabía nada de caballos, y mucho menos tenía idea de cómo encontrar y comprar uno. Esa era la especialidad de Bart.

Pero mientras más trataba de olvidarme de aquella idea, más fuerte se volvía. No me atrevía a mencionárselo a nadie, salvo a Dios. Todos los días le pedía que me guiara.

Un sábado en la mañana, tres semanas después de que por primera vez se me ocurrió esa idea, se me acercó el señor Parker, un nuevo empleado de la compañía de electricidad, mientras yo estaba en el jardín. Empezamos a conversar amistosamente. Cuando mencionó que una vez había comprado un caballo del padre de Bart, lo interrumpí.

"¿Recuerda el nombre del caballo?", pregunté.

"Por supuesto", respondió. "Dude. Pagué 2,500 dólares por él".

Di un salto y me sacudí la tierra de las manos antes de preguntarle con voz entrecortada si sabía qué había ocurrido con el caballo.

"Sí, lo vendí y saqué una buena ganancia".

"¿Dónde está Dude ahora?", le pregunté. "Necesito encontrarlo".

"Eso es imposible. Lo vendí hace años" me explicó. "Quizá ya esté muerto".

"¿Pero usted me ... podría ... me ayudaría ... a encontrarlo?", le rogué. Después de que le expliqué la situación, el Señor Parker se me quedó mirando por varios segundos. Finalmente, aceptó ayudarme a buscar a Dude y me prometió que no le iba a decir nada a Bart.

Todos los viernes, durante casi un año, llamé al señor Parker para saber si había averiguado algo. Todas las semanas, la respuesta fue la misma: "Lo siento. Nada todavía".

Una semana, lo llamé con una petición distinta: si podía hallar a uno de los hijos de Dude.

El se rió. "No lo creo. Dude estaba castrado".

"No importa", le dije. "Aceptaré un hijo castrado".

"Usted *realmente* necesita ayuda" se burló el señor Parker antes de explicarme que los caballos castrados no podían reproducirse. Luego pareció redoblar sus esfuerzos para ayudarme. Varias semanas después, me llamó un lunes.

"¡Lo encontré, lo encontré!", me gritó.

Yo quería saltar por el teléfono. "¿Dónde?"

"Está en una granja en Georgia" contestó el señor Parker. "Una familia compró a Dude para su hijo, pero no pueden lograr hacer nada con el caballo. Ellos creen que está loco. Que hasta puede ser peligroso. Apuesto a que usted lo podría recuperar fácilmente".

El señor Parker tenía razón. Llamé a la familia en Rising Fawn, Georgia, y pacté comprarles el caballo por 300 dólares. Me costó mantener el secreto hasta el fin de semana. El viernes, recibí a Bart en la puerta cuando llegó del trabajo. "¿Quieres dar un paseo?", le pregunté con mi entonación más persuasiva. "Te tengo una sorpresa".

"Cariño ... Estoy cansado", se excusó él.

"Por favor, Bart. He preparado un picnic. Te prometo que valdrá la pena".

Bart se subió al jeep. Yo sentía que mi corazón iba a estallar mientras conducía y trataba de conversar de asuntos familiares.

"¿A dónde vamos?", preguntó Bart media hora después.

"Un poquito más adelante", dije yo.

Bart suspiró. "Cariño, te amo. Pero no me puedes arrastrar hasta el fin del mundo".

Ni siquiera intenté defenderme. Había esperado demasiado por este momento para arruinarlo ahora. Pero

para cuando me salí de la carretera principal y entré por una de gravilla, Bart estaba tan irritado que ni siquiera me hablaba. Me fulminó con la mirada cuando tomé un camino de tierra.

"Llegamos", le dije mientras estacionaba frente a una reja. "¿Llegamos a dónde? ¿Te volviste loca?", explotó Bart. "Deja de gritar", le dije. "Y silba". "¿Qué?", exclamó él sin comprender. "Silba", repetí yo. "Como solías hacer ... para llamar a Dude. Sólo silba. Entenderás en un minuto". "Mira... yo... ¡Esto es una locura!", dijo Bart confundido.

Sólo por complacerme, se bajó del jeep y silbó. No pasó nada.

"Dios mío", pensé. "Por favor no dejes que éste sea un error".

"Hazlo de nuevo", le rogué a mi marido.

Bart silbó una vez más y escuchamos un ruido a la distancia. ¿Qué era aquello? Yo apenas podía respirar. El volvió a silbar y de repente vimos un caballo acercarse al galope. Antes de que yo pudiera hablar, Bart ya había saltado la reja.

"¡Dude!", gritó, corriendo hacia su amigo. Los vi acercarse como en esas imágenes de cámara lenta de las películas. Bart se subió sobre su amigo y le empezó a acariciar el cuello.

Inmediatamente, apareció un adolescente de pelo claro, seguido de sus padres jadeantes.

"¡Señor, tenga cuidado!", gritó el joven, sin dejar de mascar una bola de tabaco. "Ese caballo está loco".

"No", respondió Bart. "No está loco. Es Dude".

Para asombro de todos, a la orden de Bart, Dude alzó la cabeza sin brida y empezó a realizar el baile del que me había hablado. Nadie habló. Cuando Dude terminó de bailar de alegría, Bart se bajó y me dijo que quería llevárselo a casa.

"Lo sé", le respondí con lágrimas en los ojos. "Ya hice todos los arreglos. Podemos regresar mañana con un remolque para llevarlo a casa".

"No", insistió Bart. "Tiene que ser hoy".

Llamé a mis suegros y pronto llegaron con un remolque para transportar caballos. Le pagamos a los dueños y nos fuimos.

Bart pasó la noche en el granero. Yo sabía que él y Dude tenían mucho de qué hablar. Al mirar hacia fuera, donde la luna iluminaba el granero, sonreí, a sabiendas de que mi marido y yo tendríamos una historia maravillosa que

contarle a nuestros hijos y nietos.

"Gracias, Dios mío", susurré. Entonces entendí. Le había dedicado más tiempo a buscar a Dude del que jamás había vivido en un solo lugar. Dios había usado mi búsqueda del caballo como una forma de renovar mi fe en el amigo que puede ser más fiel que un hermano.

"Gracias, Dios mío", susurré mientras me quedaba dormida. "Gracias por no perder nunca la pista de Dude... ni la mía".

Lori Bledsoe, tal como se lo contó a Rhonda Reese

Un rescate difícil

Dios estaba siempre presente en la vida de mi madre. Así que a ella le resultaba natural invocar su ayuda cada vez que enfrentaba cualquier cosa difícil, incluso en las tareas más simples, que no requerían de intervención divina.

Recuerdo un día, cuando yo tenía siete u ocho años, en que ella estaba tratando de abrir un frasco de habas verdes con toda la fuerza de su cuerpecito de cinco pies de alto. La tapa no se movía.

Ella se detuvo y suspiró. Entonces alzó el frasco en su mano izquierda y mirando al cielo exclamó: "Señor, me gustaría darle estas habas a mi familia, pero necesito tu ayuda para quitar la tapa. Gracias, Dios mío".

Dijo la pequeña oración en un tono reverencial y respetuoso, pero al mismo tiempo con la actitud afectuosa y simple del que le habla a un amigo. Y, más importante aún, totalmente confiada en recibir una respuesta.

Mi madre bajó los ojos y puso la mano derecha sobre la tapa, que cedió-esta vez tan fácilmente como si hubiera sido aceitada.

Desde niña, siempre me impresionó la fe de mi madre. Yo creía en ella y en Dios, pero por alguna razón no sentía la misma cercanía hacia el Señor que ella. Muchas veces

me pregunté cómo podía hablar tanto con alguien a quien nunca había visto. Una vez le pregunté y ella me respondió que lo había visto. En las flores, en los árboles, las estrellas y en muchas otras creaciones, me explicó. Lo que me dijo estaba bien, pero no era lo que yo esperaba.

Mi mamá no leía la Biblia mucho, pero curiosamente se sabía muchos pasajes que mencionaban a caballos. Resulta que yo amaba los caballos y tenía mi propio Tennessee Walker negro, grande, maravilloso. Se llamaba Bob's Merry Legs y era más que un caballo. Era mi amigo, mi confidente y escuchaba todos mis secretos. La mancha blanca de su frente secaba mis lágrimas. Sus orejas se movían atentas de un lado a otro mientras trataba de comprender las palabras que yo le susurraba. Mamá sabía que si había alguna forma de que yo llegara a Dios, era a través de los caballos.

Por eso me leía pasajes del libro de Job en los que el Señor hablaba de la fuerza y de la majestad del caballo. Me dijo que Jesús iba a venir un día e iba a estar montando un gran caballo blanco, mientras los santos cabalgaban detrás de él. Yo podía imaginar la escena. Hacía que mi corazón y mi pulso se aceleraran. Veía en mi mente una grandiosa cabalgata, con cientos de ángeles a caballo, sus túnicas flotando sobre los cuerpos musculosos de los hermosos animales. Luego, cuando miraba a Bob, me lo imaginaba en el cielo y pensaba que Jesús estaría orgulloso de montarlo.

Cada mañana que había colegio, me levantaba y después de tomar desayuno, iba a visitar a Bob antes de tomar el bus amarillo que tardaba hora y media en llegar a la escuela. Una mañana, recogí unos cubos de azúcar en la cocina y salí por la puerta trasera hacia el establo. Luego silbé para llamarlo, como siempre. La rutina de Bob era tan predecible como la mía. Escuchaba mi silbido, asomaba la cabeza por la puerta del establo y luego salía trotando alegremente hacia el potrero para recibir mi saludo junto a la cerca. Esa mañana, sin embargo, algo andaba mal. Bob no apareció. Sentí pánico.

"¿Bob?", grité. Abrí la puerta del potrero y entré al establo. Estaba vacío. Mientras regresaba al potrero, advertí lo que había pasado: una sección de la cerca se había caído y Bob obviamente había salido. Tuve miedo.

Volví corriendo a mi casa y le dije a mi mamá que no iba a ir al colegio, un anuncio bastante pretencioso viniendo de una escolar de apenas diez años.

"¿Qué dijiste jovencita?", preguntó ella.

"Bob no está".

No perdió tiempo repitiendo lo que yo acababa de decirle. Mamá era así. Siempre que había una crisis, reaccionaba de inmediato a la situación.

"Voy a buscar a tu padre", dijo. "Tú espera aquí".

No podía estarme tranquila. Mi mejor amigo andaba por ahí, perdido. Sabía que a mi madre sólo le tomaría unos minutos manejar hasta el campo donde papá atendía el algodón. Me había criado allí, en una granja algodonera de 100 acres atravesada por decenas de caminos de tierra. Bob y yo los conocíamos todos.

A mí me pareció una eternidad, pero no pasaron diez minutos antes de que papá apareciera con mamá en la camioneta. Ella se bajó. El no. Me gritó que me subiera a la camioneta. Lo hice y empezó a manejar.

Recorrimos todos los caminos de tierra, pero no vimos a Bob. Me di cuenta de que mi papá estaba tratando de no demostrarlo, pero se estaba preocupando. Repentinamente, dijo: "Voy a pasar por el camino principal para ir donde el señor Rogers". Algo en su tono hizo que mi piel se erizara. Aún recuerdo la sensación.

Atravesamos el camino principal y nos dirigimos hacia un enorme foso de grava. Papá detuvo la camioneta a una distancia segura del borde y nos acercamos. Allá abajo, muy pequeño, vimos a Bob. Inmediatamente empecé a llorar, con el corazón roto.

Consciente de que mis lágrimas no ayudarían a Bob, me sequé los ojos, controlé un par de hipos, me acerqué más al borde del foso y miré hacia abajo. Noté que Bob mantenía una de sus patas traseras suspendida en el aire, indicio seguro de que se la había lastimado. No tenía sentido preguntar, o tratar de imaginar, cómo había ido a parar al fondo del foso. Lo único que importaba era encontrar una forma de sacarlo.

Vivíamos en una comunidad rural muy pequeña, y no había helicópteros o equipos de rescate de emergencia. Mi padre empezó a caminar por el borde y yo lo seguí. Llegamos hasta un lugar donde la pared del foso se inclinaba gradualmente, formando una especie de camino que conducía al fondo. Bob había dejado la marca de sus cascos sin herrar en la tierra, aún blanda por la lluvia que había caído tres días atrás.

"Tengo que bajar a ayudarlo", dije yo.

"De ningún modo", me respondió papá. "Te vas a lastimar, tu madre me va a matar y no sé cuántas cosas más. Sólo sé que no vas a bajar ahí".

Me sequé la última de mis lágrimas y miré a papá fijamente. "¿Entonces cómo lo vamos a sacar?", pregunté.

"Yo bajaré", contestó papá.

"No te seguirá y tú lo sabes", repliqué yo. "Voy a estar bien. Puedo deslizarme hasta abajo y me agarraré de Bob para subir. El no dejará que me caiga". De pronto, me di cuenta de que lo que estaba diciendo era verdad. Bob era mi mejor amigo, de modo que yo tenía que rescatarlo. Yo era su mejor amiga, así que él iba a asegurarse de que no me pasara nada.

"No tenemos otra elección, papi".

Aunque no le gustaba la idea, mi papá sabía que yo tenía razón.

"No tenemos una cuerda para que tires de él", dijo.

"No la necesitamos. Bob lleva cabestro. Además, sé que me va a seguir aunque no tenga sogas ni cabestro".

Mi papá se arrodilló y me hizo un nudo doble en los cordones de mis tenis. Luego se levantó y se separó de mí. Comprendí que ésa era su forma de darme permiso. Me senté en el borde del foso y comencé a deslizarme por la pendiente, pateando las rocas a los lados para abrirme paso.

No sé qué tiempo me tomó realmente llegar hasta Bob, pero sentí que me demoré horas en alcanzar el fondo del foso de grava, con los pantalones hechos jirones.

Cuando me sintió acercarme a él, Bob me miró y empezó a gemir. Yo pensé en mamá, y en lo que ella haría en mi situación.

"Dios mío", oré casi sin aliento. "Yo sé que lo que estoy haciendo es una locura, pero mi amigo necesita ayuda. Sé que a ti te gustan los caballos, o no los habrías incluido en tu Biblia. No sé si podré hacer esto sola, Señor, así que por favor ayúdame. Gracias". No me di cuenta en ese momento, pero creo que soné igual que mi mamá.

Cuando llegué al fondo del foso, me di vuelta hacia mi papá, pero eso me hizo sentir peor, porque me di cuenta de lo mucho que tendríamos que subir ahora. Me acerqué a Bob y le di unas palmaditas en el cuello.

"Caballo tonto, tonto", lo regañé suavemente. "¿Por qué te saliste y por qué te metiste en este lío?" Me miró como si me estuviera pidiendo perdón por toda la molestia que me había causado.

"Está bien", dije. "Sé que te duele la pata, pero no tienes otra elección, como yo tampoco la tuve. Te ayudaré, pero tú tienes que ayudarme también". Tomé el cabestro con una mano y puse la otra en su cuello, para ayudar a equi-

librarme. Estábamos listos para empezar a subir cuando me detuve de pronto.

"Señor", dije en tono familiar. "Vamos a necesitar toda la ayuda que nos puedas dar. Yo soy sólo una niña y estoy asustada. Sé que Bob también está asustado. Por favor, Dios, no dejes que nos caigamos. Deja que yo y mi mejor amigo lleguemos a la cima.,-Muchas gracias, Dios".

No habíamos comenzado aún a subir, cuando me detuve nuevamente. "Señor, si estás pensando en mandar ángeles hoy, sería muy bueno si pudieras mandar algunos para que nos acompañaran en el ascenso. Quizá podríamos apoyarnos en ellos. Gracias de nuevo".

Esta vez sí partimos, dando cada paso cuidadosamente. Bob avanzó pesadamente por el camino estrecho, provocando un pequeño alud de piedras bajo sus patas. Yo me pegué a él lo más que pude. Cada vez que él daba un paso, yo decía: "Por favor, Dios, no nos dejes caer". No sé cuántas veces repetí esas palabras, mientras me resbalaba y me raspaba las rodillas. Bob se detenía cada vez que yo me caía. Yo paraba cada vez que él parecía sentir dolor en su pata lastimada.

Finalmente, llegamos a la cima, como dos mejores amigos apoyados uno en el otro. Ese día aprendí lo que significa arriesgarse por un amigo y, lo más importante, aprendí qué tipo de relación podía tener con alguien a quien no había visto nunca.

Mi mamá tenía razón, como de costumbre. Ahora, cada vez que no puedo abrir la tapa de un frasco, simplemente me detengo y digo: "Señor, necesito un poco de ayuda con esto". Nunca falla. La tapa sale tan fácilmente como si estuviera aceitada.

Diane M. Ciarloni

Corazón de vaquero

No basta que un hombre sepa cómo montar. Debe saber cómo caer.

Proverbio mexicano

"¡Silt, Colorado!", gritó el conductor del bus mientras se detenía a un lado de la carretera.

Tomé mi bolso y me bajé. Junto a la carretera estaba un hombre alto, parado cerca de un jeep del ejército.

"¿Eres Roger Kiser?", me preguntó.

"Sí, señor", repliqué.

"Soy Owen Boulton. Soy dueño del rancho Rainbow K", dijo mientras me daba la mano.

Un juez de menores de la Florida me había mandado a Colorado para que trabajara en un rancho. Era un programa que habían establecido para ayudar a adolescentes en problemas.

En una semana de mi llegada a Rainbow K, ya estaba convertido en un vaquero hecho y derecho. Me habían asignado un caballo grande, llamado Brownie, y me habían dado una vestimenta del oeste, además de una enorme cantidad de tareas, que empezaban todos los días cerca de las cuatro de la mañana.

Durante los primeros dos meses, las cosas anduvieron bastante bien. Trabajábamos siete días a la semana, de cuatro de la mañana a siete de la tarde. Recogíamos huevos, sacábamos heno, estampábamos vacas, arreglábamos cercas y muchas otras cosas.

Lo mejor de todo era mi yegua. Además de todas mis otras tareas, yo la alimentaba, la bañaba y la cepillaba.

Cada mañana, cuando yo iba a recoger los huevos al gallinero, Brownie me estaba esperando junto a la puerta. Yo me acercaba y le acariciaba el cuello. Ella echaba la cabeza hacia atrás y emitía un resoplido extraño, como tratando de silbar.

"Apuesto a que podrías silbar alto si tuvieras manos", le decía yo. Ella golpeaba la tierra con sus cascos y daba una vuelta en círculo.

No había muchas cosas en el mundo que yo amaba cuando joven. Pero ese caballo era una cosa por la que yo habría dado la vida.

Una mañana, después de que los trabajadores habíamos tomado el desayuno, me ordenaron ir con otros trabajadores mayores a reparar unas cercas hacia el norte. Cargamos el jeep con las herramientas y materiales necesarios y partimos. Eran casi las siete de la noche cuando regresamos al rancho.

Cuando nos acercábamos al establo, vi cerca de 20 granjeros sentados en un círculo. Me bajé del jeep y fui caminando hacia ellos. Les pregunté qué pasaba.

"Es tu caballo, Brownie. Está muerta", me dijo uno de los hombres.

Lentamente caminé hacia donde Brownie estaba. Me arrodillé y le acaricé el cuello. Me costó muchísimo evitar ponerme a llorar en frente de todos esos hombres.

De pronto, se abrió la puerta del corral y el señor Boulton entró montado en un viejo tractor. Empezó a hacer un gran agujero junto a Brownie.

"¿Qué va a hacer?" pregunté alarmado.

"Siempre enterramos los caballos en el lugar donde mueren", contestó uno de los vaqueros.

Me paré a un lado, mientras él excavaba el agujero, limpiándome las lágrimas de mi cara. Jamás olvidaré la tristeza que sentí.

Cuando el agujero estuvo listo, los hombres se echaron hacia atrás. El señor Boulton avanzó con la pala del tractor hacia Brownie.

"¡POR FAVOR, SEÑOR BOULTON!", le imploré, mientras me plantaba frente al tractor, agitando las manos y los

brazos. "Por favor, no mueva a Brownie con la pala, porque la va a cortar y le va a hacer daño".

"Mira, hijo", me respondió. "No tenemos alternativa. Eso es lo que hay que hacer cuando un caballo muere. Ella es demasiado pesada para moverla manualmente".

"Yo la meteré en el agujero. Se lo juro señor Boulton", le grité lo más alto que pude.. Corrí hacia Brownie y empujé su cabeza con toda mi fuerza, pero apenas se movió. Empujé y empujé, pero su cuerpo era demasiado pesado. Nada de lo que hice la acercó siquiera un milímetro hacia el agujero. Finalmente, dejé de empujar y me eché llorando en el suelo, junto a Brownie.

"Por favor, no use esa pala con Brownie", rogué una y otra vez.

Uno por uno, los rancharos empezaron a bajarse de sus caballos. Se colocaron alrededor del gran caballo marrón y empezaron a empujar y tirar a Brownie con todas sus fuerzas. Centímetro a centímetro, el cuerpo del caballo se movió hacia el agujero hasta que comenzó a deslizarse en el interior. Yo le mantuve la cabeza levantada lo mejor que pude para que no se le lastimara. De pronto, me sentí caer en el agujero.

Se hizo un silencio absoluto. Me senté en el fondo del agujero, con la cabeza de Brownie sobre mis muslos,

mientras la tierra y el polvo se iban asentando a nuestro alrededor.

Finalmente, me paré despacio y puse su cabeza en el suelo. Luego le enderecé cada una de las patas. Me saqué mi camisa de vaquero y la puse sobre su cara, para que no le entrara tierra a los ojos. Me quedé ahí llorando, mientras cubrían a mi mejor amiga con tierra.

Pasé el resto de la noche en el establo, limpiando la casilla de Brownie. Lloré hasta que ya no me salieron más lágrimas. Creo que estaba demasiado avergonzado para volver a la casa, donde estaba el resto de los rancharos.

Temprano la mañana siguiente, fui a la casa para ducharme y cambiarme antes de ir a recolectar los huevos. Vi que los otros rancharos se estaban vistiendo. En mi cama, había ocho dólares y unos centavos. Alguien había escrito un mensaje. "Cómprate una nueva camisa de vaquero".

Cuando me di vuelta, todos los hombres me sonrieron. Uno de ellos me dijo: "Puede que seas un joven de la ciudad, pero tienes el corazón que se necesita para ser un verdadero vaquero".

Me froté los ojos enrojecidos y sonreí, realmente orgulloso.

Roger Dean Kiser

Sombra

Empezó a nevar y, para escapar del aburrimiento del típico clima invernal de Minnesota, decidimos ir a una subasta de caballos en el pueblo. Miramos con interés mientras los elegantes caballos de reluciente pelaje se paseaban. Algunos tenían brillos en sus ancas o cintas verdes y rojas en las crines porque era poco antes de Navidad. Había caballos de todos los colores, tamaños y formas, y pronto hubo una verdadera locura de ofertas.

Parecía que mucha gente iba a comprar caballos caros para Navidad. Algunos de los animales tenían experiencia en trabajo con ganado y otros tenían experiencia como caballos de exhibición. Otros podían tirar de un trineo. Ansiosos de llevarse los mejores ejemplares, la gente ofrecía cientos e incluso miles de dólares por ellos.

"Esta hermosa yegua alazana tiene cuatro años y 15.3 manos de alto", gritaba el rematador. "En su *pedigree* hay nombres como Sonny Dee Bar, Tender Six y Zanzabar Joe. ¿Alguien ofrece-cinco mil, cinco mil uno, cinco mil dos?"

Yo estaba fascinado por el espectáculo. Cada magnífico caballo tenía una historia y un linaje, que el rematador leía. La multitud asentía y exclamaba en respuesta y luego empezaba la guerra de ofertas. Una pareja en un extremo,

luego un hombre en el otro y una dama frente a mí hicieron ofertas por el mismo caballo hasta que el rematador gritó: "¡A la una, a las dos, a las tres . . . vendido!". Luego el proceso comenzó nuevamente, demorándose un máximo de entre diez y quince minutos por caballo. Ese día se vendieron 50, quizá 60 caballos.

Eventualmente, llegaron al último, un pony negro y delgado. La multitud se rió. La pony era conducida por un joven de quince años que la montó de un brinco mientras proclamaba: "Está lista para montar". La yegua tenía grandes ojos pardos bajo una larga crin embarrada de paja y excremento seco.

"Necesita que alguien la limpie", dijo el rematador. "Y una buena cantidad de alimentos para engordarla".

Luego, mirando a su alrededor, preguntó: "¿Alguien sabe la historia de este pony?"

Uno de sus ayudantes le susurró algo en el oído y él anunció: "El dueño olvidó a esta pony en el pastizal y ahora quiere deshacerse de ella. No está registrada ni tiene pedigree conocido. ¿Quién ofrece trescientos por ella?"

La gente todavía se estaba riendo.

"¿Qué tal doscientos? ¡Está bien, cien! ¿Alguien está dispuesto a darla cincuenta?"

La multitud seguía riéndose de la pobre pony olvidada, hasta que el rematador le dijo al niño que la sacara de ahí.

Mientras salía, la pony volteó la cabeza como para decir adiós. El niño la puso de vuelta en el establo, y se fue a ayudar a los nuevos dueños con sus caballos. Uno a uno, los otros caballos se fueron con sus nuevas familias y la pequeña yegua negra se quedó sola.

Cada vez que alguien pasaba frente a ella, paraba las orejas y levantaba la cabeza, pensando que, quizás, alguien la quería. Pero sólo se escuchaban más risitas y luego los pasos que se alejaban. Finalmente, la pony bajó

la cabeza y se volteó para no tener que ver a los demás caballos desfilando.

Nos partió el corazón ver aquello. Bastó que nos miráramos para tomar una decisión. Randy salió en una dirección y yo en otra. Cuando encontramos al rematador le preguntamos si aceptaba diez dólares.

El hombre nos miró sin comprender.

"¿Diez dólares por qué?" preguntó.

"La pequeña yegua negra", respondimos emocionados.

"¡VENDIDA!", exclamó el rematador, sacudiendo la cabeza con una risa burlona.

Como no teníamos un remolque para transportar caballos, la subimos en la cama de mi camioneta Toyoya y la llevamos a casa.

Durante los últimos dos años de su vida, Sombra se la pasó rodeada de niños del vecindario, que nos rogaban para que los dejáramos montarla, o simplemente parársele al lado y acariciarle el pelo, soñando con las aventuras que les traería el mañana. Nos reíamos cada vez que nos acordábamos de las caras de la gente en la subasta y del viejo pony sucio en nuestra camioneta. Pero la alegría y las risas que recibimos al compartir la vida con Sombra resonaba mucho más que toda la risa en la subasta aquella noche.

T.C. Wadsworth

El viejo Twist

El majestuoso ojo se asomó por la apertura en la puerta del establo. Era una mirada que reflejaba años de éxito y experiencia como caballo campeón. También indicaba gentileza y sabiduría. Eran los ojos de un caballo viejo llamado Twist. Tenía más de 30 años y había pasado los últimos relegado a la función de compañero confiable de su dueño. Pero dentro del exterior envejecido y desgastado, este caballo aún tenía el corazón de un ganador. Ese espíritu no había desaparecido incluso cuando caballos más jóvenes aparecieron en el establo y absorbieron más tiempo del dueño de Twist. Yo no podía imaginarme el efecto que ese espíritu iba a tener en mi hija.

Unos años antes, mi hija Stacy había tenido una mala experiencia con un caballo. Ella sólo tenía ocho años en esa época y sufrió una caída terrible. Aunque no se rompió ningún hueso, su confianza, su amor por los caballos y su deseo de aprender a montar quedaron hechos trizas. Por mucho que su madre y yo lo intentamos, no tuvimos éxito en cicatrizar la herida que se produjo ese día. Pero cuando me paré junto a Stacy, y la vi mirar a los ojos del viejo caballo en el establo, supe que éste iba a ser el comienzo de una amistad especial.

Afortunadamente, el accidente no había disminuido el amor de Stacy por los animales en general y eso era todo lo que Twist necesitaba para establecer un lazo especial. Stacy ahora tenía trece años, una edad crítica para las señoritas. A esa edad, no es fácil crear lazos fuertes, pero es esencial tenerlos. ¿Podría Twist ser capaz de hacer que Stacy quisiera volver a montar después de cinco años? Era como si Twist se diera cuenta del gran desafío por delante y de la importancia de triunfar. Aquí el resultado no era un trofeo, un premio, o una cinta, sino el corazón de una niña. Qué recompensa tan especial sería eso.

En los días y semanas siguientes, mi hija empezó a venir diariamente al establo conmigo y mi esposa. Nosotros tuvimos cuidado en no intervenir. No queríamos alterar la magia del viejo caballo. Aunque Stacy decía que estaba ahí para visitar a los gatos del establo, ella siempre buscaba a Twist. Ella tomó la iniciativa en pasar tiempo con él, alimentarlo, cepillarlo y peinarlo, mientras le hablaba de su vida.

Aunque la edad había debilitado los músculos del viejo caballo, no había reducido su habilidad para adoptar la pose de un campeón mientras se debaja cepillar en silencio.

Luego un día, mientras mi esposa estaba preparando uno de nuestros caballos para ir a montar, el dueño de Twist notó que el caballo estaba ansioso por ser incluido. Así que el dueño le preguntó a Stacy si quería llevar a Twist a montar. En respuesta, ella miró de nuevo al caballo a los ojos. No puedo decir que él le guiñó un ojo, pero fue en ese momento que esos dos espíritus se reunieron y completaron el lazo que se había estado formando durante dos meses. Sin dejar de mirarlo, Stacy no dijo nada. Sólo asintió.

Momentos después, me quedé mirando mientras Stacy lo montaba. Ella había recobrado la confianza y Twist

había ganado la medalla del corazón de una niña. Nunca lo había visto tener su cabeza tan en alto ni caminar con tanta elegancia como en ese minuto.

Esa fue la primera de muchas veces que montaron juntos. Twist cuidaba bien de ¡su amiga y poco a poco reemplazó su miedo por confianza. Yo casi lloré el día que vi a Stacy y Twist regresando a la granja. Su largo cabello estaba suelto y flotaba en la brisa, como si fuera la cola del viejo animal. El había ganado. Había derrotado el miedo, los años de malos recuerdos y los había reemplazado por momentos de felicidad que están grabados para siempre no sólo en el corazón de mi hija, sino también en el mío. Sé que siempre estaré agradecido por lo que Twist hizo por mi familia. Siempre recordaré el momento en que miré a los ojos de ese campeón y lo que vi fue el amor de una niña.

Tom Maupin

Un lazo silencioso

Nunca te des las gracias. Siempre agradece a los caballos por la felicidad y alegría que experimentamos a través de ellos.

Hans H. E. Isenbart

Aparentemente, mi entrenador encontró a Tic Tac en algún lugar en Texas, en el que los niños pagaban por montarlo. Siempre me costó creer que un brioso alazán como aquel tuviera orígenes tan humildes. Claro que no era realmente tan brioso, pero yo tenía diez años en esa época, estaba lleno de esperanzas sobre mi carrera y no puede haber un jinete exitoso sin un gran caballo. Tic Tac iba a ser ese caballo para mí.

La primera vez que lo monté, se paró en dos patas tan alto que escuché la canción del *Llanero Solitario* en mi cabeza. Quizá lo deberíamos haber llamado Silver. Pero ése no habría sido un nombre apropiado para él. Desde un costado del corral, mi madre me miró suspendido en el aire aterrorizada. Yo, en cambio, estaba feliz con la evidente energía y el espíritu de Tic Tac.

Mi entrenadora de entonces tenía una habilidad

tremenda para inspirarme confianza. Cada vez que la veía montar, la miraba con asombro, llena de ganas de ser como ella. Ella me hizo creer que yo podía montar cualquier cosa, en cualquier momento, en cualquier lugar. Con el tiempo, esta excesiva confianza frecuentemente ha dado resultados desastrosos, como huesos rotos e innumerables heridas, pero también me ha dado la confianza para volver a montar.

En intercambio por mi trabajo en los establos, yo podía montar muchos caballos. Aprendí a amar el trabajo, el olor a heno y a establo, como todas las niñas que adoran los caballos. Aunque me gustaba montar otros caballos, Tic Tac fue siempre mi favorito. Me molestaba mucho cuando otra gente lo montaba para aprender y secretamente yo esperaba que él se alzara nuevamente en dos patas, y los asustara para que la próxima vez montaran otro caballo. Pero él nunca lo hizo y los otros se enamoraron de él. Igual que yo.

Nunca supimos cuál era el cumpleaños de Tic Tac, así que yo le permití compartir el mío. Todos los 9 de noviembre, yo le traía un gran bolso con regalos. Después de un buen galope en los pastizales, me sentaba con él a beber Dr. Pepper mientras él comía hierba, manzanas y zanahorias. Nunca hablé con él, a la manera en que muchas personas conversan con sus caballos. Yo apenas le decía alguna que otra palabra, porque nunca sentí que fuera necesario.

Tic Tac me enseñó muchas lecciones que me han ayudado en mis más de 20 años montando. Un día después de un tormenta en Texas, me acerqué con él a un pequeño montón de ramas en el suelo. Repentinamente, para mi sorpresa, él frenó. Tic Tac jamás se detenía ante un obstáculo. Un poco decepcionada de él, hundí mis talones en su costado y lo hice saltar. Él dudó, pero me obedeció. Sólo que la tierra en el lugar de aterrizaje estaba demasiado empantanada como para soportar sus patas, y ambos rodamos por el barro. Mientras estaba sentada en el lodo mirando a Tic Tac, que ya se había incorporado, advertí un pequeño chorro de sangre en su cara. Inmediatamente me sentí culpable por haberlo hecho saltar, cuando él sabía que no era lo mejor. En silencio, me prometí jamás volver a cuestionar sus instintos. Aprendí la lección: cuando uno se ha ganado la confianza de un caballo, hay que respetarla.

El 9 de marzo de 1998, fui como todos los días al establo. Era temprano y los caballos aún estaban afuera. Como los caballos castrados siempre estaban en el pastizal de atrás, me dirigí en aquella dirección y busqué el cabestro de Tic Tac en la cerca, pero no estaba ahí. A simple vista, no pude localizarlo en ninguna parte. Me sentí triste, porque supuse

que alguien lo estaba montado. Volví a la casa donde un amigo me contó con tristeza que a Tic Tac lo habían llevado al veterinario.

Tiene que ser un cólico, pensé. Había tenido muchos durante los últimos dos años, pero nunca fue nada tan grave como para llevarlo a la clínica veterinaria en Katy, Texas.

Apenas me acuerdo de las horas siguientes. Recuerdo que mi madre apareció en la granja cerca de una hora después. Alguien la debe haber llamado para que viniera a acompañarme. Me senté junto al camino, esperando que apareciera el *trailer*, pero en el fondo sabía que cuando lo hiciera, iba a estar vacío.

Mientras esperaba, por lo menos veinte de mis compañeros se sentaron conmigo a acompañarme. No me acuerdo ni de lo que me dijeron, ni de quiénes eran. Sus palabras y sus caras se hicieron borrosas, mientras yo recordaba cada segundo que había pasado con Tic Tac durante los últimos dos años.

Después de horas de espera, sonó el teléfono y finalmente alguien me lo pasó. Le ordené a mi mano no tomar el teléfono y a mis piernas que se echaran a correr, pero me ignoraron. Lentamente, coloqué el teléfono junto a mi oído y comencé a caminar hacia el establo. Al otro lado de la línea, alguien me dijo lo que yo ya sabía: que Tic Tac se había ido. ;

Para cuando pude hablar, estaba en el establo de Tic Tac y pude ver la huella de su cuerpo en el heno, donde él había estado acostado, probablemente tratando de moverse para aliviar su dolor de estómago. Me desmayé en el suelo, tratando de apagar el dolor que ahora cubría todo mi cuerpo, como una segunda piel.

En ese momento, pensé que jamás iba a dejar el establo, porque era la única conexión que me quedaba con él. Caminé hasta donde estaba el cubo de avena de Tic Tac y hundí en él mis manos, con la esperanza de sentir el suave hocico que una vez sangró por mi ignorancia. Pasé los dedos por la canal del agua, implorando escuchar el dulce sonido que hacía al tomar.

Finalmente, mi madre me levantó del suelo y me llevó a casa. Todo estaba extrañamente silencioso y tranquilo. Todo mi mundo parecía distinto. Mis hermanos y amigos no sabían cómo actuar. Por una parte, sabían que yo estaba terriblemente triste y se sentían mal por mí. Por otra, probablemente pensaban que yo estaba loco, porque era sólo un caballo.

Desde entonces, he montado gran cantidad de caballos y he tenido más éxito en el circuito de competencias de lo que

jamás podría haber tenido con Tic Tac. No obstante, ese vínculo especial jamás ha sido, y jamás será, duplicado. Esto se me hace patente cada vez que me sorprende conversando con un caballo.

El 9 de marzo de cada año, desde 1988 hasta 1995, no fui capaz de secar mis lágrimas y enfrentar al mundo. No podía ir al colegio, ni ir a trabajar. Ni siquiera podía ir al establo. Mis padres entendían y jamás trataron de

obligarme. Me dejaban estar en mi habitación, con una foto de Tic Tac. Algunas veces, yo recordaba los maravillosos momentos que tuvimos juntos. En otras ocasiones, revivía ese terrible día, y esa terrible pérdida.

Un par de años atrás, decidí no seguir esclavizado al 9 de marzo. En vez de llorar, pasé ese día en celebración silenciosa de mi increíble relación con ese caballo color castaño. No lamento todos los años que pasé Dorando por él. Después de todo, nunca había experimentado un sentimiento tan terrible de pérdida y abandono, empeorado por el hecho de que no pude despedirme. Pero la verdad es que jamás le dije una palabra a Tic Tac, porque nunca tuve que hacerlo.

Tiernan McKay

Papá siempre le dijo "sí" a los caballos

El ha galopado en los sueños de niñas, enriquecido la vida de mujeres y servido a hombres en guerra y discordias

Tony Robinson

Los únicos "no" que le escuché a mi papá eran cuando me decía "no hay problema". Desde que yo era una niña, hasta que él murió, me llamó siempre Bebé Teresa. La mayoría de la gente piensa que él me malcrió y yo no puedo más que sonreír y estar de acuerdo.

El sueño de todas las niñas es tener un caballo. Mi papá estuvo de acuerdo.

Cuando yo tenía sólo tres años, recibí mi primer caballo. Era un hermoso Palomino de mecedera hecho de plástico. Con su marco de metal y sus resortes gigantes, era mi orgullo y alegría, y podía maniobrarlo como un jockey a un pura sangre en la recta final. Yo adoraba mi caballo de plástico, pero pronto no fue suficiente.

Yo quería un caballo que no estuviera sujeto a lo terrenal, que estuviera suspendido en el aire. Mi papá estuvo de acuerdo. Tomó el caballo de mecedera y lo colgó con

unas sogas de una viga del techo de nuestro sótano. Sin saber que no estaba bien sujeto todavía, yo salté sobre el lomo del caballo, igual que lo hacen los vaqueros en las viejas películas del oeste. Pero a diferencia de ellos, yo no desaparecí en el horizonte, sino que terminé en la sala de emergencia de un hospital, en los brazos de mi padre. Cuando me subí a la silla de plástico de Palomino, las cuerdas cedieron y yo aterricé de cabeza en el suelo. Cuando desperté en el hospital, tenía una concusión, dos ojos morados y un ego muy golpeado.

Al volver a casa, el caballo había desaparecido misteriosamente. Años después supe que lo habían mandado a la casa de un amigo.

Cuando tenía 10 años, recibí un caballo de verdad, de los que comían heno y manzanas. El sólo tenía cuatro años, era de raza árabe y se llamaba Sandarrow. Un aviso en el periódico local proclamaba que era gentil y tranquilo. Fue el primer caballo que fuimos a ver para comprar. Desde el momento que lo vi, lo quise. Mi papá estuvo de acuerdo.

Sandarrow era de un color amarillo claro, casi blanco, y tenía un cuello corto y fuerte. Musculoso, animado por un brío sin bridas, estaba lejos de ser gentil y tranquilo. Era más un caballo de rodeo que uno adecuado para una niña. No había nada que asustara ni controlara por mucho rato a Sandarrow. ¿Cabestros? El los rompía. ¿Cercas con alambres de púa? Las derribaba con facilidad. Cuando lo llevé a la feria local del condado, subió por la puerta del establo, que medía dos metros, como si fuera un mono con herraduras, y luego se paseó por el corredor, con una sonrisa tonta de caballo. A todo galope salió de la feria, atravesó el pueblo y los campos cercanos, desafiando a mi papá para que lo atrapara.

Eso fue a comienzos de la década de los 60, antes de que hubiera ropa protectora, cascos de seguridad y otras precauciones que hoy damos por garantizadas. Sandarrow prefería galopar sin jinete. Para lograrlo, trataba de hacerme caer restregándose contra las cercas, metiéndose bajo las ramas más bajas, saltando como un Bronco o simplemente lanzándose a toda carrera, como un chofer de Fórmula Uno.

Un día, cuando yo tenía once años, decidí montar antes de ir a un ensayo de danza, así que me subí a Sandarrow sin molestarme en ponerme zapatos o ensillarlo. Galopó colina abajo, esquivando a toda velocidad los árboles como un bolido equino, hacia el jardín donde estaba trabajando mi papá. Creo que durante todo el trayecto, jamás siquiera toqué su lomo.

Cuando llegamos a la reja del jardín, Sandarrow empezó a saltar. Yo podía ver la cara de terror de mi papá mientras yo rebotaba hacia arriba y hacia abajo en su lomo, como si estuviera en un trampolín. Finalmente, el caballo dio un giro brusco y yo salí volando y aterricé de espaldas.

Sin una gota de aliento y atontada por una conmoción cerebral, no me podía mover. Sandarrow me pisó el pie derecho y me rompió los huesos. Luego, mi papá dice que pateó fuertemente, y los cascos pasaron a unos centímetros de mi cabeza.

Aterrorizado, mi papá me tomó en brazos y me llevó a la casa, que estaba cerca. Mi papá era un hombre de baja estatura y yo era casi del tamaño de él, pero recuerdo lo fuerte que se sentía, lo rápido que se movía y la manera tranquilizadora en que me miraba a los ojos llenos de lágrimas. "Vas a estar bien, Bebé Teresa, papá está aquí", me decía. El quiso deshacerse de Sandarrow después de ese incidente, pero yo le rogué que lo dejara. El estuvo de acuerdo.

Durante el resto del verano, seguí montándolo. Pero ahora con una bota de vaquero en un pie y un yeso en el otro.

Antes de que mi padre se diera cuenta, yo había dejado de ser su niñita y estaba tras otro tipo de caballo para tenerlo en el albergue estudiantil en la Universidad de Idaho. En realidad, lo que me interesaba ahora eran los caballos de fuerza. Quería tener un auto y quería comprar un Chevy Corvette que mi novio me estaba ofreciendo, porque él se iba al extranjero, en una asignación militar. Me imaginaba con mis amigos en ese auto, acelerando por las carreteras de todo el país. Mi papá no estuvo de acuerdo.

El sí me compró un auto. Pero fue un Chevy Vega que gastaba tanto aceite que debía parar en cada gasolinera. Aun así, mi papá cuidó de aquel auto casi tanto como de mí y lo mantuvo funcionando cerca de diez años.

Mi papá era muy activo y tuvo una salud excelente hasta los 81 años. Ese año, la Madre Naturaleza lo abandonó y empezó a declinar. Primero perdió la visión del ojo derecho, luego tuvo un ataque al corazón del cual se recuperó. Pero luego sufrió cáncer al pulmón. Tras el diagnóstico, vivió sólo un mes. Pero durante ese tiempo, sacábamos los viejos álbumes de fotos y mirábamos las imágenes del caballo de mecedera, de mis ojos morados, de Sandarrow y del carrito azul de Bebé Teresa.

Después de que mi padre murió, fui sola a su cuarto a absorber la esencia de ese pequeño hombre que para mí era

un gigante. Olí sus Levi's con sus tirantes todavía pegados. Toqué su reloj y sus lentes que estaban sobre la cómoda. En el ropero, encontré una bolsa que contenía todos mis dientes de leche. Aparentemente, el hada madrina de los dientes y mi papá eran buenos amigos.

Finalmente, me senté en el borde de la cama donde él había dormido durante más de 60 años y miré la mesita de noche. Había un reloj despertador Beetle Bailey, una lámpara art deco de los años 20 y un diorama antiguo desteñido no mayor que unas cartas.

Me acerqué. Era el diorama de Minnie Mouse que mi padre me había comprado en Disneylandia, cuando yo tenía apenas seis años. Sin que yo supiera, mi papá lo había decorado, con un mechón de mi pelo sobre la cabeza de Minnie y una foto mía en el cielo detrás de ella. Mi mamá luego me dijo que durante más de 40 años, todas las noches, él tocaba el diorama y decía: "Buenas noches, bebé Teresa".

Empecé a llorar mientras le pedí a Dios que cuidara a este hombre que jamás le dijo que no a una niña que quería un caballo. El estuvo de acuerdo.

*Teresa
Becker*

Syd y Roanie

El viento del paraíso es el que sopla entre las orejas de un caballo

Proverbio árabe

Syd Parkin tiene 59 años y todavía lamenta medir un metro sesenta. No porque sea demasiado bajo, sino porque es demasiado alto para ser un jinete. Un año después de sobrevivir un aneurisma que puso su vida en peligro, Syd subió a la cima de una montaña, donde él y su caballo Roanie tuvieron una experiencia que los unió de manera especial. El le atribuye a Roanie el haberle enseñado a apreciar todos los pequeños milagros y bendiciones que cada día tiene para ofrecer. Syd lo ponía de esta forma: "Incluso en el peor de los días, si uno realmente busca, puede encontrar algo bueno. Por ejemplo, yo casi morí, pero obtuve dos cosas maravillosas: Roanie y una segunda oportunidad en la vida".

Fueron compañeros durante cinco años y pasaron tiempo juntos todos los días. Luego, una tarde, mientras estaban cabalgando por un estrecho camino, unos adolescentes en caballos arrendados se les acercaron por atrás.

Asustaron a Roanie mientras cruzaban un camino de cemento y en un segundo las vidas de Syd y Roanie cambiaron para siempre. Roanie se resbaló, cayó al suelo y se quebró la pelvis.

Syd y varios veterinarios hicieron todo lo posible para rehabilitar a su fiel compañero. Pero a pesar de todos sus esfuerzos durante diez meses, Syd tuvo que enfrentar la dolorosa realidad de que Roanie jamás se iba a recuperar. Le recomendaron que pusiera a Roanie a dormir. Syd me confesó: "No soy capaz de hacerlo todavía. No sé si es lo correcto". Le dije que confiara en su propio juicio: "Tú sabrás cuándo es el momento adecuado". Syd me respondió que le gustaría que Roanie le diera una señal, para que él supiera qué hacer.

Pedí que me dejaran a solas por un momento con Roanie. Su instinto animal de supervivencia estaba claramente en un nivel muy bajo. Suavemente, le dije: "¿Cómo estás, Roanie? No muy bien, ¿cierto? Sé que has estado dando una buena pelea. Te ves muy cansado. Tu padre te quiere mucho. Creo que quizás estás sobreviviendo porque sabes que para él es muy difícil dejarte partir. Roanie, él necesita una señal de que está bien hacerlo. Te prometo que yo lo cuidaré. Si puedes, hazle saber que está bien dejarte partir".

Traté de evitar llorar, pero no lo logré. Al mirar sus ojos profundos y grandes, tuve la impresión de que Roanie había entendido cada palabra que yo había dicho.

Regresé donde Syd y pregunté si había algo más que yo podía hacer. El respondió: "No, llamaré al veterinario mañana, para hacer una cita". Llorando, agregó: "No puedo estar aquí cuando él muera. Simplemente no soy capaz de verlo caer". Le prometí a Syd que yo iba a estar ahí, e iba a mirar a Roanie a los ojos, para que muriera mirando una cara amistosa y conocida. Syd me dijo que bueno, pero era obvio que lo que dije no era un gran consuelo. "Si yo fuera un hombre de verdad, un vaquero de verdad, entonces podría hacerlo". Le dije que no fuera tan duro con él mismo, que eso no significaba que fuera menos hombre. "Por el contrario, eso significa que eres un hombre amable y sensible, que ama demasiado a este caballo como para ser testigo de algo tan doloroso".

Me agradeció mi oferta y dijo que la iba a aceptar. Durante toda la noche, me pregunté si iba a poder mantener mi palabra. Me es difícil explicar lo que sentí, excepto diciendo

que aunque estar ahí iba a ser imposible, aun más imposible era no estar ahí.

Al día siguiente llamé a Syd y me dijo que el veterinario iba a venir a poner a Roanie a dormir. "Pero está bien. Esta mañana, Roanie me dio una señal. Ahora sé que es lo correcto". La cita era para las once de la mañana siguiente. Llegué a las diez y media y vi que Syd había pasado toda la noche en el establo de Roanie. Le leyó una carta de tres páginas que le había escrito. Ninguno de los dos había dormido mucho. Syd estaba haciendo todo lo posible para mantenerse entero y tuvo suficiente fuerza para poner unos conos anaranjados en el estacionamiento, para reservar el sitio más cerca del establo de Roanie para el veterinario y para el camión que se iba a llevar a Roanie.

El camión llegó primero. Era limpio y blanco y tenía una camilla de metal. Tuve que desviar la mirada, imaginándome el tesoro que pronto iba a estar en esa camilla. En el establo, había un silencio y una calma inusuales. Creo que los otros caballos sabían lo que estaba pasando. Syd le pidió disculpas al veterinario: "Nunca he hecho esto antes, así que me va a tener que decir qué debo hacer. ¿Lo traigo cerca del camión?" El veterinario asintió.

Puse mi mano en el hombro de Syd, tratando de darle fuerza y apoyo mientras caminábamos lentamente hacia el establo de Roanie. "Respira", dije, como recordatorio para Syd y para mí mismo. El caballo estaba comiendo un banquete de sus alimentos favoritos que Syd había preparado para él. Lentamente, Syd desató el cabestro del corral. Roanie alzó dulcemente la cabeza para cooperar, como había hecho mil veces antes. Jamás he estado tan impresionado con el valor y la fortaleza de un hombre que cuando vi a Syd retirar tiernamente el cabestro de la cara de Roanie por última vez. Cada una de sus acciones y de sus palabras ponía en evidencia el doloroso peso de "ésta es la última vez".

Syd se paró junto a su amigo, acariciándolo amorosamente. "Eres un buen chico, Roanie. Te quiero". Luego puso su cara contra el cuello del caballo e inhaló varias veces, absorbiendo cada molécula de lo que él llamaba el mejor olor en el planeta. "Una sola vez más", dijo con lágrimas en la cara. Mientras viva, nunca voy a olvidar la manera en que olía el cuello de aquel caballo. Luego, lo miró a los ojos y le dijo: "Adiós, compañero, te quiero. Gracias por ser mi mejor amigo".

Cuando Syd condujo al caballo fuera del establo yo volví a ponerle la mano en el hombro y le dije: "Vas a volver a sentir ese olor. Vendrá a visitarte en forma de espíritu y lo sentirás a tu alrededor". Syd asintió. En las semanas previas, habíamos discutido la idea de que nuestro espíritu o la energía de la vida jamás muere, sólo deja nuestro cuerpo, pero perdura. Le conté cómo el espíritu de mi madre se me aparece en forma de colibríes, cómo he sentido la presencia de mi tía Nancy en mariposas y cómo Roanie encontraría una forma parecida de visitarlo.

Pero en este terrible momento de mortalidad terrenal, Syd tuvo que hacer lo imposible. Condujo a su amigo al camión. Fue el trayecto más largo y difícil que jamás haya tenido que hacer. El veterinario le dio a Roanie un sedante muy fuerte y Roanie empezó a marearse. Syd se despidió de él por última vez. Por temor a que Roanie se fuera a caer en su presencia, le pedí a Syd que se fuera. No sé cómo, pero encontró la fortaleza para hacerlo y se fue hacia el puente, donde yo me iba a reunir con él una vez que todo hubiera terminado. Pero ahora era el momento de cumplir mi promesa.

El sedante estaba cumpliendo su objetivo. El veterinario administró la inyección fatal. Yo hice mi parte y le sostuve la mirada a Roanie. Mientras caía al suelo lentamente, con la respiración agitada, yo me dejé caer con él, para que mis ojos no se apartaran un instante de los suyos.

"Está bien, muchacho. Te queremos tanto, tanto", le dije, acariciándole la cara. Se quedó tan quieto que parecía no respirar, pero cuándo le pregunté al veterinario si ya se había ido, él comprobó su pulso y me contestó: "No, todavía no". Sin dejar de acariciarle la cara, roto el corazón, traté de darle el mayor ánimo posible. "Escucha, Roanie, cuando llegues al cielo, quiero que vayas trotando directamente hasta Trigger y lo muerdas en el trasero. Dile que él no fue el único caballo estrella. Tu fuiste tan querido como él". ¿Qué más podía decirle a mi noble amigo?

"Roanie, tu padre está parado en el puente", le dije. "Te ama muchísimo. Si puedes, por favor deja que él te sienta. Deja que sienta tu espíritu mientras tú pasas a otra vida. Adiós, muchacho. Te quiero". Le pregunté al veterinario y él solemnemente me dijo que sí, que Roanie ya se había ido. Besé a Roanie por última vez, me paré, controlé mis emociones, y luego corté un mechón de su crin, como Syd me había pedido, y otro de su cola. Finalmente le quité el cabestro y la soga y le di una última caricia. "Gracias", le dije.

Monté guardia mientras montaban a Roanie al camión. En cuanto desaparecieron, me acerqué al puente que Syd, Roanie, mi yegua Annie y yo habíamos atravesado tantas veces. Al acercarme a Syd, recé para encontrar las palabras que le dieran un poco de consuelo. Simplemente nos abrazamos y yo empecé a llorar. Syd me dijo: "Está

bien". Yo lo miré. "De veras, estoy bien. Todo el tiempo que estuve esperando, el viento estaba soplando fuerte en mi espalda. De pronto, sentí un soplo de aire caliente en mi cara. Era Roanie. Lo sentí pasar a través mío. Me estaba diciendo que estaba bien".;

Syd y yo terminamos de atravesar el puente, contando historias de Roanie, y así comenzamos nuestro camino de duelo y recuperación. Tengo el agrado de decir que desde entonces, Syd encontró otro caballo, Bodie. Mi yegua Annie y yo tuvimos el honor de acompañarlos la primera vez que montaron juntos. Fuimos al mismo lugar donde Syd tuvo la experiencia que le cambió la vida con Roanie. Mientras nos detuvimos a admirar el hermoso valle abajo, a la dorada luz del atardecer, un colibrí repentinamente se apareció, se paró justo frente a nosotros y se quedó ahí, por cerca de diez segundos. Ambos sonreímos. "Syd, creo que nos acaban de visitar", le dije. Syd respondió simplemente: "Sí, fue sólo uno de esos pequeños milagros que puedes ver todos los días si los buscas".

Judy Pioli Askins

Un caballo con corazón

T. J. tenía más de 16 manos de alto, el color de la arena en la playa, crines suaves y una cola que parecía de marfil. Su corazón estaba increíblemente lleno de amor y lealtad. Sus ojos amables y su respiración suave siempre me hacían sentir bien. El me entendía. En todas las ocasiones que busqué aliento en su fino cuello y en sus fuertes hombros, jamás me decepcionó. Siempre alivió todas mis cargas.

Incluso cuando tenía sólo tres años, era maravilloso montarlo. Ya fuera que estuviéramos galopando sin silla por los campos de trigo en el medio de la noche, o preparándonos concienzudamente en la arena, él siempre parecía estar disfrutando. Sus orejas se movían con anticipación cada vez que íbamos a montar, como cuando entré al establo ese día de abril.

"¿Estás listo para ir a jugar, amigo?", le pregunté, aunque sabía la respuesta. El brillo en sus ojos profundos lo decía todo. Parecía decir: "Te he estado esperando todo el día".

Saqué mis cepillos y empecé a alisar su pelaje y a masajear sus puntos favoritos. Alargó el cuello hacia adelante en un gesto de puro placer cuando le puse más presión al movimiento circular del cepillo. "Ay, sí. . . ahí

mismo . . . se siente tan bien!", parecía decirme. Después de sacarle todo el polvo, envolví sus patas con franela azul marino para protegerlas y coloqué mi cómoda silla de montar en su ancho lomo. Me puse las botas de montar y me metí el cabello en el casco. Yo estaba igual de entusiasmada que él, porque hoy era el primer día sin lluvia en más de una semana. Lo ayudé a deslizar su noble cabeza en la brida y apreté las hebillas. Luego salimos caminando del granero hacia el lugar más seco en la granja.

Mientras él hacía su ejercicio de calentamiento, yo miraba el sol que comenzaba a salir de atrás de las nubes y luego volvía a ocultarse, como temeroso de su propio reflejo en los charcos. Entonces, con una pequeña presión de mis piernas, lo hice trotar. Estaba muy orgullosa de lo fácilmente que me respondía ese día, haciendo lo que yo le pedía. Hicimos algunos círculos y figuras ocho. Practicamos sus transiciones, que salieron con naturalidad. T. J. había hecho un progreso tremendo del potro torpe que era a los dos años al caballo perfectamente balanceado que era hoy. Lo sentí suficientemente fuerte como para hacer un medio galope, lo que ninguno de los dos pudimos resistir. El galope a campo traviesa fue maravillosamente fluido. Una vez más, hicimos unos cuantos círculos y figuras ocho mientras galopábamos, esta vez con simples cambios de conducción en la parte intermedia. Para salirme un poco de la práctica de rutina, decidí hacer un par de saltos con él. Los habíamos hecho antes y él sabía cómo hacerlos. Cruzamos el pastizal, manteniendo una línea recta hasta la esquina. Cuando casi habíamos llegado a la esquina, simplemente traspasé mi peso, para pedirle que cambiara de dirección. Sentí que T. J. movió su cuerpo conmigo mientras realizaba la maniobra, pero algo no estaba bien. ¿Dónde estaba su pata izquierda trasera? No la podía sentir en el lugar donde debería estar.

Cuando T. J. usó su pata trasera izquierda para cambiar de dirección hacia la derecha, se resbaló en el lodo de un charco. Conmigo todavía sobre su lomo, rodamos en una aparatosa caída. T. J. comenzó a deslizarse rápidamente sobre un costado hacia un grueso poste de la cerca. Como yo estaba atrapada entre su costado y el suelo, miré en agonía mientras esperaba quedar aplastada entre mi caballo y el poste de la cerca. En lo que pareció una agónica cámara lenta, miré a mi caballo. Pensé en lo terrible que sería jamás poder volver a galopar por los trigales con él. Pensé en lo mucho que lo amaba.

En un fragmento de segundo, T. J. tensó cada músculo de su cuerpo y pasó sobre mí de modo de quedar él en posición de golpearse contra la cerca, con las patas por delante. Su enorme cuerpo se estrelló contra la cerca con suficiente fuerza como para destrozarla. Tan pronto como chocó contra la cerca, me deslizé hasta él. Lo único que podía escuchar era nuestra respiración desesperada mientras tratábamos de comprender lo que había pasado. Lentamente, conseguí que mis débiles piernas me sostuvieran de pie, mientras lo acariciaba y trataba de ver cuánto daño había sufrido.

"Tranquilo, amigo, estás bien", le dije, tratando de calmarlo, aunque en realidad él estaba mucho más tranquilo que yo. T. J. se quedó quieto mientras yo sacaba las tablas astilladas de entre sus patas. Luego quité el poste partido de en medio e intenté hacer que se parara. Lenta y trabajosamente, sacó las patas delanteras, las extendió delante de su pecho e irguió el cuello para buscar equilibrio mientras trataba de levantarse. Luego de una rápida inspección para comprobar que sus cuatro patas estaban intactas, rodeé su cuello con mis brazos en un caluroso abrazo. Durante varios minutos, llorando, lo acaricié y lo besé.

Nos quedamos ahí un rato, absorbiendo lo sucedido. Luego caminamos tranquilamente al establo, donde yo

iba a poder observarlo mejor. En el incidente, T. J. sufrió unos cuantos rasguños en sus patas y en su costado, pero ninguna herida grave que requiriera la atención del veterinario.

Yo sólo quedé con unos cuantos moretones y un poco de dolor, pero estaba agradecida de eso, a sabiendas de lo que podría haber ocurrido ese día. Todavía no entiendo cómo T. J. pudo saltar en el aire sobre mí, sin tocarme. No necesito entender. Lo que sé es que ese día él decidió sacrificarse para protegerme. Tanto me amaba. Su corazón estaba lleno de amor y lealtad. Me mostró su amor cada día. Me mostró la enormidad de su devoción en esa tarde húmeda de abril y yo jamás lo olvidaré.

Jerry Simmons-Fletcher

El bebé durmiente

"¡Kori, Kori! ¿Alguien ha visto a Kori?", gritó mi hermana Suzi, entrando a la cocina. Kori era mi sobrina de catorce meses, que recientemente había aprendido a caminar, subir y bajar escaleras y abrir puertas.

"¿Revisaste arriba?", dije casualmente, sin dejar de mirar mis dibujos animados favoritos en la televisión.

"¡Por supuesto, revisé en todas partes!", dijo ella alterada.

Mi madre y mi hermana menor entraron a la cocina.

"No está en los cuartos", dijo mi madre preocupada.

"Quizá se quedó dormida en alguna parte", dije.

Mi madre empezó a ladrar órdenes. "Jennilyn, tú revisa los clósets. Yo iré al patio y a los columpios. Suzi, tú anda donde los vecinos. Trudy, tú anda al establo a ver si está con el abuelo".

Todos emprendimos una búsqueda frenética. Gritos de "no está aquí" se escucharon frecuentemente por toda la casa.

Pronto, Suzi regresó de la casa de los vecinos. "No la han visto", dijo respirando con dificultad.

El abuelo entró agitado por la puerta trasera. "No está en la granja. Revisé los establos y alrededor de la laguna".

"¡La laguna!", exclamó mi hermana, la cara llena de terror.

"No está en la laguna. El agua está totalmente transparente hoy. Te aseguro que no está ahí", dijo el abuelo, abrazando a Suzi. "La vamos a encontrar".

Conteniendo las lágrimas, Suzi dijo: "Voy a revisar el ático de nuevo". =

"Y todos los demás vamos a revisar el campo", ordenó mi padre.

Miré mi reloj. Había pasado casi una hora. El sol estaba alto en el cielo y la brisa veraniega mecía las hierbas en el campo. *Ese parece un buen lugar donde podría perderse un bebé*, pensé, mientras aplastaba los altos tallos de hierba bajo mis pies. Podía ver a Trudy buscando en el otro extremo del campo. Detrás de ella, pastaban nuestros tres caballos.

Repentinamente, Trudy se puso a gritar mientras corría hacía mí: "¡La encontré, la encontré!".

Entré a la casa, gritando la buena noticia. "¡Trudy la encontró! ¡Trudy la encontró!"

"¿Dónde? ¿Está bien?", dijo mi hermana, bajando las escaleras corriendo.

"Está en el campo".

Mientras salíamos a toda carrera, Trudy entró.

"Los caballos la están protegiendo. Está bien. Trae a papá", dijo. "Los caballos no me dejan pasar".

Emocionados, todos salimos corriendo al campo. Los caballos estaban todavía ahí, haciendo guardia. Cuando nos acercamos, pudimos ver que los caballos formaban un círculo estrecho. Lady Star relinchó al sentirnos.

En el centro del círculo, Kori estaba durmiendo tranquilamente, en una cama de hierba.

Jennüyn McKinnon

Un regalo de oro

Un pony es el sueño de un niño. Un caballo es el tesoro de un adulto.

Rebecca Carroll

Algunos momentos son mágicos. En ellos, casi puedo escuchar y sentir la presencia de mi hija Emily mientras tomo mis clases de montar en las noches de verano. Mientras me preparo para montar mi primer caballo, siento algo que atesoraré durante mucho tiempo. Estos momentos mágicos me dan alegría y calma interior porque la próxima semana se van a cumplir tres años desde que perdí a mi hija en un accidente automovilístico.

Emily tenía nueve años cuando se enamoró de una vieja yegua. Pude ver la tierna relación que floreció entre una niña y su primer caballo. El amor de Emily por ese caballo consumía su vida y después de que ella tomó unas cuantas lecciones de montar, supe que estaba fascinada. Me convertí de inmediato en una "mamá ecuestre".

Pasé muchas frías mañanas de invierno y muchos calurosos días de verano mirando a Emily tomar lecciones y preparándose para las presentaciones. Mi niña pasó de

estar un tanto frustrada y asustada a verse confiada y tranquila. En el proceso, yo aprendí suficientes términos ecuestres para poder hablar con ella. Pero lo más difícil de todo fue aprender a actuar tranquila cuando mi niñita se caía del caballo. :

Estábamos muy ocupadas, preparándonos para nuestras presentaciones. Siempre había trabajo que hacer: limpiar el establo, lavar y peinar al caballo y encontrar el calzado adecuado que combinara con la ropa de montar de Emily. Había que hacer viajes semanales a la tintorería así como llenar planillas de participación y firmar cheques, muchos cheques. Mi trabajo como "mamá ecuestre" era duro, pero muy satisfactorio. No tenía idea entonces de que esos recuerdos tendrían que durarme toda la vida.

Después de mucha anticipación y noches sin dormir, llegaban los momentos esperados. Los días de presentación eran divertidos, emocionantes y agotadores para nosotras dos. Durante el espectáculo, hay una comunión entre dos, pero tras bambalinas, para que todo resulte perfecto, frecuentemente son tres los que trabajan juntos: el caballo, el jinete, y la "mamá ecuestre". Entre mis tareas estaba pintar las herraduras, lustrar las botas y hacer una trenza francesa en el pelo de Emily. Siempre recordaré haberle dicho a mi pequeña jinete: "Siéntate y sonríe".

Los años pasaron rápidamente y Emily creció. Para poder mantenerse en competencia, tuvo que pasar a un caballo más grande y elegante. Después de buscar durante meses por el compañero perfecto, Parker llegó a nuestra vida. Era un caballo amable y sin resentimientos, tranquilo y fuerte, y pronto se convirtió en nuestro gran amigo. Los tres nos convertimos en parte integral de la "familia" en la granja. Tuvimos muchos ratos felices juntos, reímos, lloramos y experimentamos muchos momentos fabulosos.

Cuando Emily cumplió 17 años, anunció que ya no iba a seguir compitiendo con su caballo. Quería pasar más tiempo con su equipo de basquetbol en la escuela, y no con su caballo gris moteado.

Me dolió mucho esta noticia. "¿Y qué va a pasar con Parker? ¿Con tus amigos en el establo? ¿Con tu entrenador?" Yo no podía creer que éste era el fin, y creo que lo que de verdad estaba pensando era: "¿Y qué va a pasar conmigo?"

Tuve que conformarme con visitar el establo con zanahorias para algunos de mis viejos amigos equinos y mirar a los otros niños que practicaban. Pero extrañaba esos

momentos en la mañana, cuando oía a los caballos relinchar, emocionados con lo que iba a ocurrir, y los veía remontar la rampa de los *trailers*.

Han pasado muchos años y tengo recuerdos muy dulces. Por alguna razón, mientras paso tiempo con los caballos me siento cerca de Emily. Algunas veces, las memorias son agridulces y me pongo a llorar. Otras veces, puedo sonreír y reír. Ahora que tengo 50 años, me doy cuenta de que esos recuerdos me están ayudando a prepararme para mi primera exhibición de caballos. Ahora me toca lograr la postura perfecta sobre el caballo para cada vuelta.

Mi caballo pinto Murphy es un animal hermoso y talentoso. Se mueve con enorme gracia y presencia. Definitivamente, es el tipo de ser que te inspira confianza. Creo que él sabe que yo lo considero un amigo muy querido que me está ayudando a sanar mi corazón roto.

Mientras se pone el sol, una suave brisa me toca la cara. Orgullosa en la silla, con la mirada en alto, las manos ligeras y los talones bajos, yo lo guío y Murphy parece hacer sus transiciones sin ningún esfuerzo. Estoy haciendo algo que vi a mi hija hacer gran cantidad de veces. Pero esta vez estoy montando mi caballo, recorriendo la arena con gran

facilidad, como si lo hubiera hecho un millón de veces.

Hacemos algunas figuras ocho alrededor de unos postes en el centro de la arena con la rienda suelta y un movimiento grácil, rítmico. Para una novata, no es una tarea fácil eso de saltar obstáculos con cierta armonía y mantener el paso parejo. Requiere gran cantidad de concentración y habilidad. Pero, con una cadencia sostenida, mi caballo y yo realizamos la tarea fácilmente. Murphy y yo nos acercamos al poste central en una línea recta (casi siempre) y podemos cambiar direcciones sutilmente, sin ninguna vacilación, al superar cada obstáculo.

Bueno, esta vez soy yo quien está "arriba" y la dulzura de los mensajes silenciosos de Emily me atraviesan. Siento como si ella estuviera inclinada sobre mi hombro y no sólo mi caballo y yo, sino los tres, nos deslizáramos alrededor de la arena, y escucho que sus comentarios me abrazan como pañuelos de seda alrededor de mi alma.

Es posible que estos momentos signifiquen más para mí que cualquier tarjeta de votación de un juez. Estoy segura de que mi maravilloso caballo sabe que es parte de una celebración bendita. Prepararme para la competencia me da un sentido de misión. Pero el suave sonido de la voz de Emily en mi mente, mientras atardece y la brisa me toca la cara, es más precioso que un mundo de premios. Es un regalo de oro que brillará por siempre en mi corazón.

"Relájate, mamá. Sólo siente el movimiento y escucha con tu cuerpo. Manten el paso parejo, ya que él sabe hacer su trabajo. Sé suave con tus manos y él te va a cuidar".

"Ah, mamá, y levanta la cara y sonrío".

Robin Roberts

La oportunidad de una vida

Piensa, cuando hablamos de caballos, que los ves estampando sus cascos en la tierra receptora. Porque son tus pensamientos los que ahora deben adomar a nuestros reyes.

William Shakespeare

Un día de junio, insoportablemente caluroso, un hombre llegó a mi casa, en una pequeña granja en Missouri, preguntando si yo tenía leche de cabra. La necesitaba para la potranca de su sobrino adolescente, que estaba muy enferma. El hombre me dijo que dos veterinarios la habían examinado y habían concluido que costaría varios miles de dólares salvarla. Su sobrino no tenía tanto dinero, y planeaba matarla con un disparo. Su tío le dijo al jovencito: "Dame veinticuatro horas para tratar de salvarla". Le di toda la leche de cabra que tenía y le ofrecí cualquier ayuda que pudiera darle. El hombre dijo: "Bueno, esta potranca podría terminar aquí". Pensé que estaba bromeando. Me equivoqué.

Al día siguiente, un camión llegó a mi casa, con una potranca pelirroja de tres semanas tirada en la cama del

vehículo, atendida por la hija del hombre. El individuo sacó amorosamente la potranca del camión y la puso sobre la hierba. Armaron un pequeño corral a su alrededor, bajo un árbol, justo en mi patio, para que yo la pudiera vigilar día y noche.

Tengo esclerosis múltiple, que ha ido empeorando con el tiempo, y no andaba en busca de una nueva responsabilidad. De hecho, justo antes de que él llegara, mi marido Dave y yo habíamos decidido vender la mitad de nuestros caballos, junto con todas nuestras cabras y la mayoría de nuestras aves. Quería disminuir mi carga de trabajo. Aun así, acepté con alegría cuando este hombre me pidió ayuda para salvar a la potranca. Enfatizó que no tenía dinero para pagar más facturas de los veterinarios. Enseguida añadió: "Nadie espera que viva más de uno o dos días". Decidí tomar aquello como un reto para demostrarle a todos que estaban equivocados.

Después de que el hombre se fue, revisé cada centímetro del cuerpo frágil y minúsculo de esta criatura. Estaba en un estado lamentable, con úlceras en su boca y en todo un lado de su cuerpo. Tenía las articulaciones terriblemente inflamadas y desfiguradas por una infección llamada septicemia neonatal. Parecía un esqueleto, apenas cubierto con un poco de piel y pelo. Tenía una fiebre muy alta, debido a la letal bacteria que estaba circulando por su sangre. No podía pararse ni levantar la cabeza. Sus ojos cafés estaban hundidos debido a la deshidratación, pero había un brillo en ellos que capturó mi corazón. Me enamoré de ella desde que la vi.

No era mía, pero ahora era mi responsabilidad. En las primeras horas, junté un equipo médico básico y le traté las heridas. Necesitaba nutrición desesperadamente. Buscando en la internet, descubrí que la leche de cabra es el mejor reemplazo para la leche de la madre de un caballo. Así que ordeñé a todas mis cabras, puse la leche en una botella, le puse una tetilla de goma y traté de alimentarla lo mejor que pude. Bebió un poco, pero no mucho. Finalmente, desesperada, a las cuatro de la mañana, traje a mi cabra Megan donde estaba la potranca. Sujeté la teta de Megan frente a la boca de la potranca y ella la aceptó de inmediato. No tenía suficiente fuerza para levantar su cabeza, pero con mi ayuda, pudo alimentarse directamente de Megan. Bebió hasta que quedó satisfecha. Había sorteado mi primer obstáculo.

Al día siguiente, mis esfuerzos para alimentar a la potranca cada media hora estaban dando frutos. Parecía estar mejorando. Al tercer día, ya podía sentarse. Tuve que recordarme varias veces que no era mía, pero sin resultados. Sentí que la potranca era más mía que del adolescente a quien ni siquiera le importaba si vivía o moría. Su voluntad de aferrarse a la vida era fuerte y merecía ser bautizada. Decidí llamarla el Milagro de Megan, en honor a Megan, la cabra que le había dado leche, compañía y la oportunidad de vivir. Milagro se convirtió en su apodo.

Megan cuidaba a Milagro como si fuera su propia hija. Era increíble y tremendamente conmovedor mirar a una vieja cabra amamantando a una potranca. Megan se acostaba en el pasto junto a Milagro y las dos pasaban el tiempo completamente felices. Los otros animales en la granja también trataban de ayudarla. Los gansos y una de mis gallinas la adoptaron y se quedaron junto a ella la mayor parte del tiempo. Nuestro perro, Pookey, se acercaba a Milagro cuando estaba acostada en el piso y le susurraba al oído. Esto parecía hacerla sonreír.

Cuando pasaron los días, el lazo entre Milagro y yo se hizo más fuerte. Ella relinchaba cada vez que me escuchaba acercarme, como si el solo sonido de mis pasos encendiera una chispa en ella. Secretamente, me alegraba al darme cuenta que yo era la única persona por la que ella relinchaba. Yo era su mamá y ella era mi hija especial. Me llevó tiempo darme cuenta de que Milagro no iba a enriquecer sólo mi vida, sino también la vida de muchas personas en todo el mundo.

Yo visito varias páginas de mensajes de internet que reúnen a aficionados y dueños de caballos y donde intercambian ideas y experiencias sobre problemas de sus caballos. La primera vez que pedí consejo sobre Milagro, no me imaginé que la información sobre ella se iba a expandir tan rápidamente. Me empezaron a llegar muchos *e-mail* de gente que ofrecía sugerencias y palabras de aliento y que querían ver fotos de ella. Empecé un diario en mi *website*, donde la gente podía leer las últimas noticias sobre Milagro y su lucha por sobrevivir. Casi todos los días, publicaba fotos nuevas de ella.

Personas de todo el mundo se estaban enamorando de esta pequeña alma valiente. La comunidad *online* de aficionados a los caballos observó con gran interés los altibajos que Milagro y yo teníamos día a día. Miles compartieron mi

alegría cuando Milagro empezó a subir de peso y se sentó sola por primera vez. La gente estaba feliz de ver que las úlceras en su boca y su cuerpo sanaron. Y cuando la fiebre subió otra vez y sus extremidades de nuevo empezaron a inflamarse, no lloré sola.

Hubo días en que ambas estábamos exhaustas, pero seguimos adelante. Yo le decía a Milagro, tiradas sobre la hierba: "Tienes que seguir tratando. Hay muchas personas que te están mandando su amor y están rezando por ti". Milagro ponía su cabeza en mi regazo para que yo le acariciara y le besara el hocico. Sus hermosos ojos parecían decir: "No me estoy rindiendo todavía, mamá, estoy tratando".

Tan pronto la valiente lucha de Milagro por sobrevivir se dio a conocer por la internet, la gente empezó a escribirme *e-mails* diciendo que estaban haciendo actos generosos en su nombre. Algunos ayudaron a animales y otros ayudaron a gente necesitada. Más y más vidas fueron tocadas indirectamente por Milagro y su valentía. Me sentí tan orgullosa de poder compartir esta pequeña chispa y ver cómo crecía espontáneamente. Todos éramos parte de un milagro que se estaba expandiendo.

La salud de Milagro tuvo muchos altibajos durante el verano. En general, no mejoró tanto como yo esperaba. Sabía que necesitaba ver a un veterinario, así que contacté al hombre que me la había traído y le pedí que le dijera a su sobrino que me la cediera oficialmente. Eso hizo. Por fin, Milagro era legalmente mía.

El veterinario nos dijo que la mayoría de los potros con su enfermedad mueren. Sólo hay esperanzas de recuperación si se detecta muy temprano. Las bacterias estaban fuera de control, destrozando las articulaciones y la visión de Milagro. El veterinario dijo que eventualmente también atacarían sus órganos vitales. Era sólo un asunto de tiempo antes de que hubiera que ponerla a dormir.

Desde entonces, mi meta fue simple. Quería ayudar a que Milagro disfrutara tanto como fuera posible antes de morir. Contra todos los pronósticos, pronto empezó a tratar de pararse. La primera vez que lo logró, con su cuerpo convulsionado y sus patas medió dobladas, reí y lloré de emoción. Luego dio varios pasos: ¡otro hito! Empezó a caminar más. Varias veces al día, la ayudaba a caminar y a balancearse, mientras avanzaba por el patio.

Milagro parecía determinada a ver lo que el mundo tenía que ofrecerle. Cuando conoció a otros caballos en la granja,

bajo estricta supervisión, se emocionó muchísimo, hasta temblar de gusto. Estábamos en presencia de otro milagro en la vida de esta potranca. Y, entretanto, mi salud se mantenía esfable, lo que también era un milagro.

Repentinamente, cuando tenía dos meses y medio de edad, Milagro pareció cansarse de batallar. Había saboreado la hierba verde, disfrutado días sin dolor y hecho muchos amigos entre los animales y la gente que la venían a visitar. Milagro sabía lo que significaba el afecto incondicional y su simple existencia había expandido el amor y la esperanza a todo el mundo. Ahora Dios parecía estar diciéndole que ya casi era hora de volver a sus brazos.

Milagro ya no tenía ganas de pararse y parecía contenta de pasar horas y días con su cabeza en mi regazo. Creo que sabía que yo estaba triste, porque constantemente levantaba su cabeza, y me pedía besos y abrazos. Pero de alguna forma, sus ojos me decían que estaba bien que la dejara ir.

Un miércoles en la mañana, tomé la difícil decisión de llamar al veterinario y pedirle que viniera el sábado a poner a dormir a Milagro. Luego fui a hablar con ella, y le conté que me sentía egoísta y que no estaba preparada para que Dios se la llevara, pero cuando estaba sentada ahí, un pájaro se posó sobre la cerca, a sólo un metro de distancia. Me di vuelta para mirarlo mejor, y pensé que iba a salir volando, pero se quedó ahí, mirándonos. Luego oí el sonido de alas haciéndose más y más fuerte. Vi un grupo de gansos volando a nuestro alrededor. No emitían sonido alguno, excepto el de sus alas. Lloré y dije en voz alta: "Está bien, Dios, te puedes llevar a tu ángel. Pero por favor asegúrate de que ella también tenga alas fuertes y hermosas".

El sábado en la mañana, en el consultorio del veterinario, Milagro puso su cabeza en mi regazo, como lo había hecho tantas veces. Cerró sus ojos y suspiró tranquilamente. El sedante empezó a hacer efecto y se quedó dormida en mis brazos. El aire abandonó mis pulmones. En el momento en que respiró por última vez, supe que había despertado en el cielo.

Tres días después de que habíamos enterrado a Milagro bajo la sombra de unos árboles, fui a visitar su tumba. En la tierra, justo sobre su cuerpo, había una hermosa pluma, perfecta. Dios mantuvo su promesa. Milagro tenía alas.

Lanzando el lazo

Hay momentos en que puedes confiar en un caballo, otros en que no puedes y otros en que tienes que hacerlo.

Anónimo

Los granjeros viejos suelen decir que a cada persona le toca un caballo especial durante su vida. Yo tuve el mío. Era una yegua color chocolate con una estrella en forma irregular en la frente. Se llamaba Susie y mucho tiempo atrás ella fue mi mejor amiga y compañera. Me enseñó la lección más valiosa de todas: una lección que me cambió la vida.

Yo amé a Susie a primera vista. Estaba parada en una granja, junto a un grupo de briosos toros Brahma. Tenía una cicatriz muy fea desde la rodilla derecha hasta el casco. Su dueño dijo que no sabía qué había causado la herida, pero pensaba que ella jamás iba a poder correr mucho. Yo sabía que él estaba equivocado. Yo tenía 16 años y ella apenas dos. Sabía que era sólo un asunto de tiempo para que nos hiciéramos famosos juntos.

Su dueño permitió que la comprara en cuotas. Después de cortar muchos céspedes, hacer de *umpire* en muchos

juegos de Pequeñas Ligas y trabajar muchas horas como salvavidas en la piscina local, logré ganar suficiente dinero para lograr que Susie fuera mía. En realidad, decir que Susie era mía no es del todo exacto. Yo nunca fui dueño de Susie. Simplemente nos juntamos. Como tantas cosas importantes en la vida, tal vez estábamos destinados el uno para el otro.

Mi padre y mis tíos nos enseñaron unas cuantas cosas. Lo más importante, consiguieron que unos cuantos vaqueros viejos que sabían su oficio nos enseñaran a entrenar con un lazo. Susie y yo practicamos muchas horas y después de un par de años, estábamos listos para competir en pequeños rodeos.

Ella siempre se mostraba tranquila en la talanquera y tenía tremenda velocidad. Salía al ruedo como un caza bombarderos, y ponía todo su empeño para ponerme exactamente en el lugar donde yo debía estar. Yo podía lanzar la cuerda sin ningún esfuerzo. En cuanto me sentía tirar el lazo, se detenía de golpe, como si hubiera chocado contra una pared de ladrillos. Yo trabajaba con el lazo realmente bien y, si todo funcionaba como debía ser, éramos difíciles de vencer.

Por ejemplo, si a Susie y a mí nos tocaba un ternero verdaderamente lento que corría con la cabeza en alto como una gallina, ¡qué bien lucíamos los dos! Simplemente le lanzaba el lazo, lo tiraba al suelo y, mientras no pateara demasiado, le amarraba las patas con la misma celeridad con que cobrábamos el premio. Sí, todo era fácil mientras las cosas funcionaban bien.

El problema era que las cosas no siempre salían perfectamente.

Yo enfrentaba esta imperfección de la vida haciendo sobre todo dos cosas: me quejaba mucho y culpaba a todo el mundo, excepto a Susie y a mí mismo. No podía culpar a Susie porque ella era excelente y siempre hacía su parte.

En mi opinión, sobre todo, mis padres y mis profesores eran los culpables de todos los problemas. Cuando yo era niño, mi padre y mi madre eran realmente cariñosos. Mi mamá hacía mi cama, sacaba la basura y se hacía cargo de todos y de todo. Los profesores también eran muy buenos, cuando yo estaba en primero, segundo y tercero de primaria. Lo único que hacíamos era pintar libros de colorear, almorzar y dormir la siesta. La vida de niño era buena.

Pero cuando me hice adolescente, parecía que todo había cambiado de un día para otro. Mi mamá empezó a

despertarme en la mañana y a decir cosas como: "Tienes que levantarte, hacer tu cama, darle agua a los caballos, sacar la basura, cortar la hierba y ayudarme en la casa". Francamente, yo estaba asombrado. Traté de explicarle que yo no hacía esas cosas, pero cada vez que mi papá volvía a casa, se ponía de su lado.

Lo peor de todo, sin embargo, eran mis profesores. Un día estábamos durmiendo la siesta y cocinando pasteles de chocolate, y al siguiente nos ponían a estudiar oraciones complejas y a solucionar largos problemas de aritmética.

Sí, la vida se había hecho difícil.

Ahí fue que todo empezó a ir cuesta abajo. Mis profesores y mis padres siempre me estaban presionando, para que yo trabajara y aprendiera cosas nuevas todos los días, pero yo no lo hacía. Por supuesto, nada de esto era mi culpa. Yo pensaba, ¿cómo se supone que vaya a aprender algo con estos profesores tan malos? Luego los profesores ponían calificaciones terribles en mis pruebas y mis padres volvían a gritarme.

Desafortunadamente, las cosas empeoraron. Mis malas calificaciones en la secundaria se convirtieron en peores calificaciones en la universidad. No pasé ni una sola asignatura, pero no era culpa mía. De nuevo, sólo tenía malos profesores. Un consejero diagnosticó mi problema. Me hizo una prueba que demostró que yo tenía un coeficiente de inteligencia por debajo del promedio. ¡Qué alivio! Ahora tenía la excusa perfecta para no esforzarme.

Las cosas siguieron cuesta abajo y, ya que mis padres, profesores y entrenadores no dejaban de presionarme, hice un plan que sólo un joven de 20 años podía idear. Como yo era bueno con el lazo y tenía el mejor caballo del mundo, pensé que Susie y yo podíamos ganarnos la vida por ahí. Lo único que necesitábamos era un poco de buena suerte.

Mi padre trató de explicarme que si yo no estaba ganando en los rodeos pequeños, era poco probable que ganara en los grandes. Incluso trató de hacerme ver cómo mi falta de habilidad se haría aun más obvia cuando Susie y yo tuviéramos que enfrentarnos a un ganado más pesado. Y empezó a mencionar otras dificultades de la vida entre un rodeo y otro. Pero él no sabía nada. Era un viejo. Después de todo, por Dios, tenía cuarenta años.

Así que monté a Susie en un pequeño *trailer* y nos fuimos. Eramos dos jóvenes en busca de enlazar nuestro sueño. Iba por la carretera cantando viejas canciones de vaqueros y todo

lo que podía ver en mi espejo retrovisor era un polvoriento pueblecito de Texas al que ya no me sentía atado.

Las cosas empezaron muy bien. Ganamos unos cuantos rodeos por aquí y por allá. Pero no hay nada como la vida y los caminos abiertos para enseñarle a un joven lo que es realmente importante. Aprendí muchas cosas en ese camino.

Aprendí que mi padre siempre nos había dado un techo seguro. Mientras crecí en su casa, jamás pensé en lo especial que era un techo que no goteara hasta que me faltó. Me di cuenta de que a nadie en Estados Unidos le importaba si yo comía o no. Nadie me iba a cocinar gratis, pero recordé que mi madre siempre había hecho eso precisamente. También aprendí que el ganado que enfrentaba ahora era mucho más pesado que antes y que los vaqueros eran mejores de lo que yo me había imaginado y que mi pequeño pueblo en Texas no era tan polvoriento después de todo.

Una noche fría en Colorado, Susie y yo estábamos en un rodeo. No habíamos comido en dos días y desesperadamente necesitábamos ganar, para tener dinero para comer. Yo sabía que íbamos a salir adelante porque Susie me haría lucir bien y porque yo era bueno con el lazo.

En cuanto la monté, la sentí tan tranquila como siempre. Salió disparada como un cohete, tan pronto apareció el ternero. Aunque tenía que estar tan hambrienta como yo, me lo entregó todo. Me puso en la posición perfecta, como siempre lo hacía. Me incliné un poco, sabiendo que en cuanto lanzara el lazo íbamos a poder comer algo.

Y fallé. Fallé sin justificación alguna.

Fue una mala experiencia, pero las cosas se iban a poner aun peores. Esa noche tuve que esperar junto a un tarro de basura a que una familia botara los restos de su comida, para poder alimentar a mi compañera. Mientras la miraba comer de la basura, traté de pensar en alguien a quien echarle la culpa, pero no había nadie más que yo mismo. Yo le había hecho esto a mi amiga.

Mientras más tiempo me quedé ahí, más dolorosa se volvió la experiencia. De pronto, entendí que mis padres y profesores sólo habían estado tratando de ayudarme. Habían hecho todo lo posible para prevenir que yo terminara en un lugar así, pero yo nunca escuché. Me di cuenta de que si no podía cuidar a mi caballo, era casi imposible que pudiera cuidar a un hijo o una esposa. Mi yegua siempre había hecho su parte. Yo nunca había hecho la mía.

El gran teólogo inglés C.S. Lewis una vez dijo: "Cada conversión empieza con una bendita derrota". Esa noche tuve mi derrota. Decidí empezar a actuar de manera diferente.

Hay otras personas que han tenido experiencias similares.

Hace mucho tiempo, un médico llamado Lucas escribió sobre alguien que debe haber sido muy parecido a mí. Su padre trató de ayudarlo, pero igual que yo, él no escuchó.

Gastó todo su dinero y terminó igual que yo: pobre, hambriento y arrepentido.

Yo, ciertamente, no soy un predicador, pero eso no significa que un vaquero no pueda aprender de la Biblia. El hombre sobre el que escribió Lucas estaba desperdiciando su vida hasta que se dio cuenta de que necesitaba a su familia, a sus amigos y profesores: a todas las personas que lo habían ayudado. La Biblia dice que este joven "volvió en sí" y que el hijo pródigo supo entonces que era el momento de regresar a casa y vivir una vida distinta.

Yo también volví a casa. Desde entonces, he pecado muchas veces, pero no académicamente. Incluso con mi coeficiente de inteligencia por debajo del promedio, jamás volví a sacar una mala nota en la escuela. No les cuento esta historia para alardear, sino para regalarles eso que Emily Dickinson llamó "esa cosa con alas": la esperanza.

Lo único que se necesita es usar los tesoros que cada uno ha recibido, esforzarse y seguir el viejo consejo de los vaqueros: "Cuando un caballo te tira al suelo, levántate y vuelve a intentarlo". En pocas palabras, haz tu parte. Aprendí esa lección de un caballo muy especial. Se llamaba Susie y ninguno era mejor para enlazar terneros.

Ahora, tengo un caballo de faena en mi granja y de vez en cuando, al atardecer, paseamos por los pastizales. Contemplo las hermosas colinas verdes a mi alrededor y a veces la pradera se mece suavemente, como si estuviera viva. Entonces, sólo por un instante, puedo oler a Susie. Puedo sentirla bajo mi cuerpo, esforzándose al máximo, dándomelo todo.

También recuerdo que a cada persona le toca un caballo especial en su vida. Afortunadamente, yo tuve el mío.

Michael Johnson

LOS CABALLOS COMO MAESTROS

***E** caballo educado es un caballo pensante y parece que entiende que de vez en cuando algo ocurre que él debe reconocer como un error, y dejar atrás.*

Dennis Murphy, en Caballo Práctico

El lenguaje de los caballos

Un caballo jamás debe ser reprendido cuando uno está de mal humor o enojado, sino siempre en completa tranquilidad.

Francois Robichon de la Guénière

Cuando yo era niño, estaba seguro de que los caballos tenían un lenguaje y de que si yo era capaz de hablar ese idioma, podría entrenarlos en una forma nueva y totalmente diferente. Así que cuando estaba por cumplir ocho años, me puse como meta en la vida aprender a comunicarme fluidamente con los caballos.

En esa época vivíamos en una granja de caballos en Salinas, California, y yo pasaba cada minuto tratando de comunicarme con los caballos, domesticados o no.

El verano que cumplí trece años, fui a trabajar tres semanas a Nevada. Me habían contratado para ayudar a capturar potros" salvajes. Era mi primera oportunidad de trabajar con caballos totalmente salvajes. Estaba decidido a usar mi tiempo lo mejor posible, así que me levantaba cada día y montaba un largo trecho hacia el desierto, donde usaba binoculares para estudiar los hábitos de las

manadas de caballos que ahí vivían.

Estaba totalmente embrujado con esos caballos. Me sentaba y los observaba durante horas y horas, estudiando a esos hermosos animales mientras galopaban, comían y jugaban en los amplios espacios del desierto.

Lo que más me asombraba era cómo los caballos salvajes se comunicaban entre sí. Rara vez usaban sonidos. En cambio, usaban un complejo lenguaje de movimiento. La posición de sus cuerpos, y la velocidad y la dirección de su viaje eran elementos clave en su lenguaje. Y mediante cambios en la rigidez o la relajación de sus ojos, orejas, cuello, cabeza y la posición de su lomo, un caballo podía comunicar cualquier cosa.

Mientras los miraba, pensaba: *¿Podía ser capaz de convencer a un caballo salvaje de que me dejara acercarme y tocarlo, sin que él huyera?*

Para poder detectarlo fácilmente, escogí un caballo con marcas inusuales y traté de alejarlo de los otros. Durante días, traté de acercarme a él de mil maneras posibles, pero él siempre me sentía y se alejaba. Un día, tuve suerte y logré acercármelo por detrás de un pequeño cañón. Finalmente, tenía toda su atención. Entonces, usando sólo mi cuerpo para transmitir las señales que había visto usar a los caballos, convencí al desconfiado garañón de que se quedara quieto. Me estudió silenciosamente mientras yo me acercaba cada vez más. Él estaba atento, pero no asustado. Casi sin respirar, di el paso que lo puso a mi alcance. Evité sus ojos mientras alargaba la mano hacia él y la colocaba suavemente sobre su cuello. Duró sólo unos segundos, pero eso era suficiente. Lo vi alejarse a todo galope, con el pecho a punto de explotar de la alegría. ¡Me había comunicado con un caballo!

Mi deseo de aprender a comunicarme con los caballos se convirtió en una pasión interna, que yo escondía celosamente del resto del mundo. Como no quería hablar de lo que era más importante para mí, normalmente pasaba el tiempo solo, excepto por los caballos. Lo único que me importaba era cumplir el sueño de mi vida.

Todos los veranos, regresaba a Nevada por tres semanas, y continuaba mi investigación en el desierto. Cuatro años después, cuando tenía 17 años, progresé tanto que no sólo pude tocar a un caballo salvaje. Le puse una silla y lo monté sin causarle dolor ni intimidarlo para lograrlo. Con gran orgullo, monté el caballo salvaje de vuelta al rancho.

Los rancheros que me vieron llegar sobre el lomo del animal me llamaron mentiroso cuando les conté lo que había hecho. Insistieron que el caballo que yo estaba montando debía haber sido un caballo domesticado que se había escapado y se había juntado con los salvajes. Herido, me di cuenta de la futilidad de mis sueños. Sin nadie que creyera en mí, era mi espíritu el que ahora estaba roto.

Eventualmente, decidí superar la humillación y el ridículo y continuar con mis métodos de entrenamiento, pero juré que jamás le iba a contar a nadie lo que estaba haciendo.

Así que me convertí en entrenador de caballos. Usé mis experiencias con todos los caballos con los que trabajaba para aprender más y más sobre el idioma de los caballos. Era una educación lenta, pero satisfactoria.

Una vez, cuando tenía 25 años, una familia me contrató para lidiar con una yegua problemática. Era un ejemplar hermoso, inteligente y de gran talento. Pero durante su entrenamiento, el dueño anterior la había manejado mal sin darse cuenta y ella había desarrollado un grave problema. No se estaba quieta. Salía galopando como un cohete y se negaba a que la pararan, con lo que arrasaba contra rejas y otros obstáculos mientras hacía giros muy peligrosos. Era diabólicamente traicionera. Poco después, la yegua casi mató a la hija del dueño. La familia estaba yéndose de vacaciones y me pidieron que vendiera el caballo por la cantidad que fuera. Habían escuchado que yo era bueno con caballos difíciles y sabían que, para venderla, iban a tener que hacer que ella se hiciera más dócil. Nadie más quería intentarlo.

Esta yegua era el caballo más peligroso que jamás había visto y usé todo mis conocimientos para ayudarla. Me obligué a moverme alrededor de ella lentamente y a mantener nuestra comunicación a un nivel básico para ganarme su confianza. A partir de esa confianza, seguí comunicándome con ella, hasta que su resistencia desapareció. Desde entonces, progresamos rápida y enormemente. Había parecido imposible, pero en unos cuantos días, ella quedó transformada.

Mientras los dueños todavía estaban de vacaciones, exhibí la yegua en una competencia y ella ganó el primer premio. Traje el premio, una silla muy cara, a la casa de los dueños. Les escribí una nota, diciendo que había mejorado lo suficiente para ganar el premio y que, bajo estas circunstancias, yo creía que debían reconsiderar sus planes

de venderla. Dejé la nota y la silla en el comedor, para que ellos las vieran cuando regresaran.

Ellos quedaron fascinados con el cambio de la yegua y les causó gran alegría poder quedarse con ella. La yegua se convirtió en una campeona de primera. Y sus dueños encontraron en ella una voluntad renovada y una dulzura de carácter que hizo su presencia en el seno de la familia algo aún más precioso que los premios que ganaba.

Durante los siguientes 30 años, utilizando las simples herramientas de la bondad, el respeto y la comunicación, muchas veces logré convertir a caballos difíciles en excelentes animales y experimenté la satisfacción de devolverlos a sus queridas familias.

Hoy, el trabajo que comencé en el desierto de Nevada hace tantos años, está lleno de reconocimiento y satisfacción. He logrado metas mucho más allá de lo que me

propuse a los ocho años, pero todavía observo a los caballos en silencio, inspirado por otros que han seguido mis pasos y están aprendiendo el lenguaje de los caballos.

Monty Roberts con Carol Kline

Montando al límite

Las competencias de equitación deberían ser el mejor clásico de caballos.

Charles de **Kunffy**

Durante el verano de 1961, la mayoría de la gente en los establos Rock Creek viajamos desde Louisville para participar en espectáculos de caballos por todo Kentucky. Yo tenía sólo doce años pero mis padres y mis entrenador Jim tenían muchas esperanzas en mí.

El año antes, ellos habían comprado a Bubbling Fancy después de que ganó un campeonato de ponies en Lexington. Papá preparó una pared para montar los trofeos que él sabía que nosotros íbamos a ganar. Jim tenía planes de alistarnos para el campeonato del mundo.

Pero durante dos años, ellos tuvieron que conformarse con mirar mientras yo me esforzaba por controlar a este brioso alazán de raza. Jim simplemente se rascaba la barbilla y decía: "Sí, ése es un gran caballo". Yo era una niña delgada y baja, con nervios de acero cuando se trataba de los caballos y nervios de punta a la hora de montar frente a gran cantidad de gente.

Yo tenía mis propias ambiciones. Además de superar mi temor a montar en exhibiciones, quería tener una conexión con Fancy igual a la que tenía con Sugar, mi otro caballo.

Cuando Sugar y yo galopábamos por las praderas, éramos un solo cuerpo, un solo corazón, fundidos contra el viento. Fancy y yo teníamos algunos buenos momentos, que Jim celebraba con uno de sus gritos originales, pero básicamente estábamos desconectados, tratando con esfuerzo de lograr un buen desempeño.

Jim me obligó a enfrentar mi miedo, y nos hizo participar en una competencia a la semana. Cuando llegamos a Harrodsburg, en Kentucky, hacia finales de julio, no quedaban muchas competencias antes de los Campeonatos Mundiales, en agosto.

En Harrodsburg, los establos estaban llenos de movimiento: entrenadores desmontando caballos de los *trailers*, preparadores cargando pacas de heno o colocando arneses sobre animales nerviosos, campeones del ruedo relinchando de emoción. Por todas partes olor a *pop corn* y *hot dogs* frescos, compitiendo con el olor a caballos, cuero y heno.

Mi mamá y yo entramos a un improvisado camerino, donde ella me ayudó a vestirme. Toda mi ropa -mi chaqueta, mis pantalones de montar, mis botas y mi sombrero- perfectamente combinaba. Eran de color marrón oscuro, que hacía resaltar mi cabello largo y el pelaje de Fancy. El contraste era como trigo contra la tierra oscura.

Mientras tanto, un preparador cepilló a Fancy hasta sacarle brillo. Le puso su brida y su silla de competencia. Otro preparador se arrodilló a su lado para ajustarle unas bandas de cuero blancas sobre sus cascos delanteros, para protegerlos de un contacto con las patas traseras durante los troles más rápidos y emocionantes.

Luego condujeron a Fancy, encabritada y relinchando, fuera de su establo. Jim se inclinó, enlazó sus manos a manera de estribo y me ayudó a montar.

Calentamos en el ruedo de práctica, y ensayamos tres de nuestros cinco pasos —paseo, trote y paso lento— dejando los otros dos para la verdadera exhibición. Fancy estaba ansiosa, emocionada. Cuando Jim azotó su látigo en el aire, salimos como un cohete hacia adelante, impulsados por el resorte poderoso de sus patas.

Jim lanzó uno de sus gritos de aliento.

Pero la tensión se adueñó de mi cuerpo en cuanto vi a High Parader cerca. Era un pequeño pony que estaba